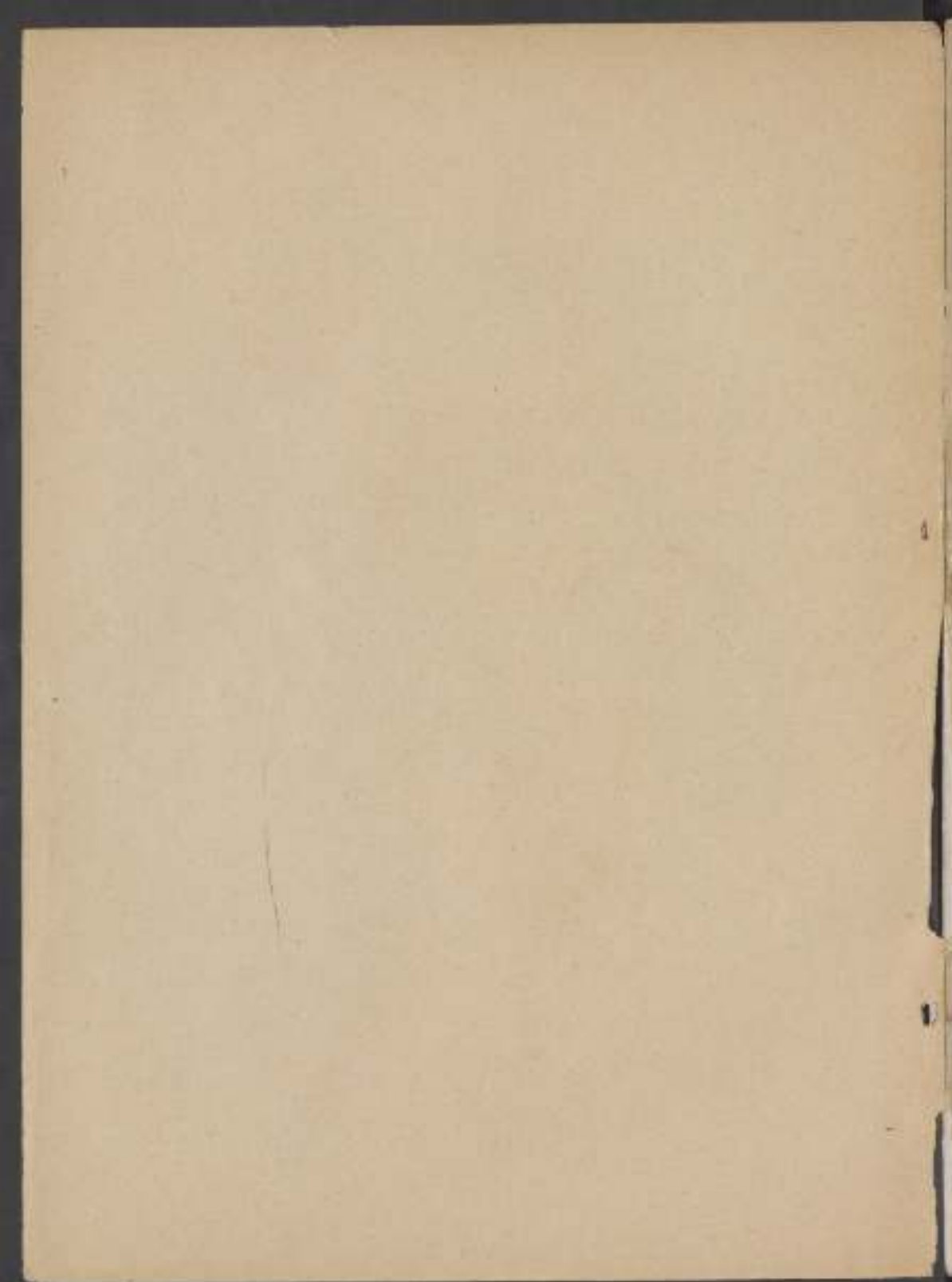


SEPULTADA EN VIDA

EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS

Elsa Merlini
Umberto Nazzari

editorial alas





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Fundador y Director: RAMÓN SALA VERDAGUES

Director General: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 324 - Apartado Correo, 707 - Tel. 70657 - Barcelona

AGENTS DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Berberá, 14 y 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación Semanal

Año XVII

Núm. 377

Sepultada en vida

NADA más sencillo y original que la leyenda. En las frías noches de invierno, el abuelo, al amor de la lumbre, cuenta a sus nietecitos aquellos cuentos tan sencillos de princesas encantadas y hadas buenas, todo fantasía como la historia que se desarrolla en estas páginas. En ellas, el Interés, la Ironía y el Amor se mezclan en diversos matices; aunque finalmente, ese sentimiento tan humano y sentido por todos, llamado Amor, triunfa sobre las demás ruindades.



Exclusivas CINEMATOGRAFÍAS ATLÁNTICO

Concesionario:

ESPAÑA FILMS

Balmes, 46

-:-

BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

<i>Ginevra degli Almieri</i> . . .	ELSA MERLINI
<i>Antonio Rondinelli</i> . . .	AMADEO NAZZARI
<i>Francesco Adolanti</i> . . .	Guido Riccioli
<i>Violante</i>	Tina Lattanzi
<i>Burchiello</i>	Dirce Bellini

Director:

LUIGI VERGNO

Música de

G. E. TOECHI

Producción:

I. C. H. R.

y CAPITANI FILM

SEPULTADA EN VIDA

ARGUMENTO NOVELADO
DE LA PELÍCULA

LAZOS QUE SE DESATAN

BASTANTES años atrás, cuando el enamorado cantaba sus endechas a la dama de sus sueños, acompañado de su inseparable laúd, en un lugar de la tierra maravillosa donde Dante se inspiró en su famosísima comedia, existía el feudalismo y el apellido de una persona era como si dijéramos su tarjeta de presentación. Según cual fuera la cuna que había mecido a cualquier habitante, así era bien recibido, o, por el contrario, toda la vida se hallaba con todas las puertas cerradas.

En este caso vivía Antonio Rondinelli. Su nacimiento tuvo un origen humilde; enamorado del arte, se

dedicó a la pintura con la esperanza de que su nombre se cotizara, y lo logró algo, aunque no a medida de sus deseos. Estaba enamorado, pero su amor era como pretender alcanzar la luna. Suspiraba por Ginevra, linda damita, cuyo corazón le pertenecía a pesar de la prohibición de su padre. Rondinelli necesitaba amor; su alma de artista, para crear, precisaba el encanto de la sonrisa de una mujer y el luminoso destello de sus ojos. A la sazón vivía con Dionora, dama asequible y fácil a los requerimientos de cualquier caballero joven, apuesto y... con dinero. Su amor era, pues, de pura conveniencia, aunque Rondinelli logró hacerse

querer vehementemente, porque el mozo no ponía gran interés en toda aquella farsa.

Azotaba el país, por entonces, una terrible peste; la gente moría como vulgares mosquitos, y los eminentes galenos se veían impotentes para detener la plaga. Tal vez morirían más por aprensivos que por hallarse atacados por la enfermedad, lo cierto es que los despreocupados no llegaban a contaminarse, dejando transcurrir los días sin que nada alterara sus costumbres ni su vida. ¿Hay algo más despreocupado que un artista, que un bohemio? Seguramente que no, y por eso, lo mismo Rondinelli que sus amigos no se habían visto atacados por la terrible enfermedad.

Entre los que gozaban de la amistad de Rondinelli, se contaba Burchiello, un hombre de baja estatura, muy zumbón y para el que la vida constituía un continuo placer. Se complacía en recorrer las calles de la ciudad cantando canciones alusivas a la vida más o menos azarosa de algunos de sus habitantes.

—¡Viva Burchiello! ¡Bravo, Burchiello!

Estas exclamaciones de entusiasmo eran oídas frecuentemente por la camarilla de sus amigos, que nunca lo abandonaban. Burchiello era el hombre que siempre salía airoso de

todo y el que más de una vez los había sacado de apuros.

El día que lo conocemos, como de costumbre, tafiendo su para él precioso instrumento, exclamaba dirigiéndose a uno de sus amigos:

—¡Oh! ¡Qué peste! Vamos, vamos. Vosotros tenéis en el cerebro la peste.

—Fijaos—decía otro—. Este jovencito aspira el olor de las flores para alejar la pestilencia.

—No es cosa de chanza—decía el aludido—, porque yo sé muy bien que el olor de ciertas hierbas aromáticas preservan del morbo y dan euforia.

—¿Y Rondinelli?—preguntó otro.

—¿Rondinelli? Está allá arriba—contestó Burchiello, mirando en dirección a donde vivía el artista.

—Ese no se preocupa de la peste—indicó otro.

Luego, a grandes voces, llamáronle, y Antonio Rondinelli, asomando su morena cara por el balcón, dijo:

—¡Esperadme, ya bajo!

Cerró la ventana con aire de un hombre que se halla hastiado de todo, y se puso su jubón, dispuesto a marcharse, pero no con el ánimo de volver. La pasión que pudo sentir por Dionora había llegado al máximo y estaba dispuesto a unirse con su Ginevra o morir sin querer a otra mujer.

Dionora sabía el amor que su amante sentía hacia Ginevra, e hizo lo posible para, con sus caricias, hacer olvidar semejante desvío, pero no lo logró. Con rabia se daba cuenta de que Rondinelli era cada vez más frío y que no correspondía a sus caricias como ella deseaba.

Sufrió un gran trastorno cuando oyó que le llamaban sus amigos. También ellos tenían bastante culpa si la abandonaba.

—¿Te vas?—preguntó temerosa.

—Sí—repuso lacónico Antonio.

—No... no... Antonio—le suplicó ella echándole amorosamente sus brazos al cuello.

Desasistióse Rondinelli de Dionora, y sin fijarse, casi atropelladamente, le contestó:

—Sí, Dionora; no es posible. Lo he decidido, recobro mi libertad.

—Di mejor que estás enamorado—apostrofó ella desechada.

—¿Y de quien?—preguntó Antonio, viendo una escena de celos.

—De Ginevra degli Almieri. Todo Florencia lo propaga.

—¿Y si así fuese...?—inquirió con aire de reto Antonio.

—¡Ah! ¿Sí?... ¡Vete!—exclamó Dionora furiosa de que Rondinelli no negara lo que ya no era un secreto para nadie. Claro que aquel enfado iba a durar muy poco, porque ella

no era mujer que tomara a pecho aquellas reyertas, pero le sabía mal perder a un hombre que era admirado por las bellas de Florencia.

Sin decirse una palabra más, Antonio se lanzó escaleras abajo en busca de sus amigos que lo esperaban.

—¿Qué ha sucedido?—preguntóle Burchiello al ver a su amigo.

—Corté por lo sano—respondió Antonio.

—Esperaba que lo hicieras—indicó Burchiello.

—Oh, sí, se ha puesto furiosa... furiosa... Pero también yo tengo derecho de...

—Pues claro—atajó el amigo—Tienes el derecho de amar a otra. Además que estamos en mayo y hasta los asnos cambian las cerdas...

El se hallaba decidido; las palabras sobraban. Antonio Rondinelli era libre; libre de querer a quien su corazón pertenecía. Lo difícil era lograr que el padre de Ginevra diera el consentimiento. No se le ocultaba que los Almieri estaban orgullosos de su casta y que era casi seguro que no emparentarían jamás con cualquier bellaco, como decía. No obstante, Antonio, como todo enamorado, tenía esperanzas y confiaba en que tarde o temprano saldría con la suya, máxime sabiéndose

correspondido por Ginevra. El amor no conoce las distancias ni las dificultades: y si las encuentra, procura allanarlas. De forma que tanto el uno como el otro sabían de sobra que si su padre se enteraba, armárase un escándalo mayúsculo, procurando encontrarse lejos de las indiscretas miradas del padre y como una casualidad.

Luego de abandonar a Dionora, vagó por las calles, esperando que el azar le pusiese frente a su amada, aunque a decir verdad de antemano sabía dónde encontrarla, pues que en cierta plazoleta oculta a miradas indiscretas, devanaban la madeja de sus amores.

Sin que Burchiello y la compañía se dieran cuenta, marchó al lugar convenido y no le fué difícil hallar a su amada. Debajo de unos tilos, en unión de varias dueñas, tan jóvenes y hermosas como ella, estaba Ginevra con un libro en la mano, leyendo poesías que hablaban de amor y sacrificios. ¡Con qué ansia esperaba el momento de la cita! ¡Qué dulces sonaban a sus oídos las palabras de su Antonio querido!

Rondinelli, antes de decirle nada, estuvo unos instantes solazándose en la contemplación de aquella preciosa criatura cuya sola sonrisa ponía en su alma una dicha inefable.

Cuando estuvo satisfecho de mirarla, acercóse cautelosamente a la joven doncella y haciéndose el sorprendido exclamó:

—¡Oh, madonna Ginevra!...

—¡Oh, messere!... — balbució ella roja cual amapola.

—Buenos días — le deseó Antonio.

—Buenos días.

—Pasaba al acaso — explicó Rondinelli —; no esperaba tan afortunado encuentro.

—¡Qué embustero! — exclamaron las dueñas.

En efecto, Rondinelli mentía. Cuando cerca se hallaba de su amada, las palabras se negaban a salir, y únicamente una conversación tonta e insulsa brotaba de sus labios. Menos mal que esto mismo le ocurría a Ginevra y ninguno de los dos se daba cuenta del tiempo que desperdiciaban.

—Es mayo, y el aire es tan suave en la mañana... — decía Ginevra, por hablar de algo.

—¿Qué es lo que estabais leyendo? — preguntó Antonio al ver el libro que con mano trémula sostenía su amada.

—Ah, las «Florecillas», messere, las «Florecillas de Santa Francescas» — respondió.

—Ah, sí. Tal me pareció, en efecto—indicó Antonio.

Tenía ganas de estar solo. Las dueñas lo miraban con aire burlón y todo ello impedía desgranar mil finezas a los castos oídos de Ginevra. La situación íbase poniendo un poco mal para los enamorados, que mirándose fijamente a los ojos se decían lo que con palabras el pudor les tenía vedado. Cuando más entusiasmados estaban en su muda contemplación, apareció Burchiello, el cual, acompañado de las risas de sus amigos, dijo:

—¡Oh, halconcillo, te cace! Aenas la presa tierna, según se ve.

Antonio no se enfadó, porque de sobras sabía que Burchiello nunca hacía sus bromas con ánimos de molestar, y hasta le agradeció aquella intervención que haría tal vez huir a las inoportunas dueñas, pero que ría el Destino que no se pudieran hablar a solas los enamorados, porque en aquel preciso momento, el padre de Ginevra apareció por la plaza en unión de un tal Serumido, e iban discutiendo de un proyecto que hacía tiempo pensaba hacer messer Bernardo. Serumido fué el primero en ver a Ginevra y no daba crédito a lo que sus ojos veían, y por si acaso era víctima de alguna alucinación, preguntó a su acompañante:

—Messer Bernardo, aquella muchacha que hay allí, que ríe y bromea con aquella partida de perdutores, allá, casi al lado de Burchiello, ¿no es Ginevra?

Miró messer Bernardo en la dirección que le indicaban y contestó:

—Por el porte y el ademán, ella parece, y él... es un Rondinelli.

Dispuesto a cortar el idilio, messer Bernardo, furiosamente, fué al encuentro de los jóvenes, y al llegar apostrofó a Ginevra, diciéndole:

—Ginevra, ¿qué novedad es ésta? ¿Para esto te tuve con las damas de Faenza? ¿Para que rivalices en chistes y dichos con ciertos mancebos de poca monta, gente que no se conoce y que no se debe conocer? ¡Tú... tú, una Almieri! ¡Vamos!

—Oh, sí... vamos —accedió Ginevra, temerosa de excitar las iras de su padre, y no porque fuera hombre pronto al enfado, pues ella siempre había hecho lo que tuvo a bien, pero le constaba que en cuestión de nombres, su padre era inquebrantable.

Marchó Ginevra, enviando antes a Rondinelli una sonrisa que era todo un poema, y el desgraciado galán lamentó su suerte diciendo:

—¡Oh, un Almieri no querrá nunca emparentar con un Rondinelli!

—Al diablo las divisiones de partidarios — exclamó Burchiello, que nunca dió importancia a semejantes cosas. El era el hombre que siempre halló una solución a las empresas más difíciles, a todo sacaba partido y ante nada se arredraba. Lo mismo

pintaba un cuadro que hacía de profesor de belleza y precisamente messer Bernardo había tenido la desgracia de caer en las manos de aquel individuo capaz de variar la estructura del país, si se lo proponía.

EL CAZADOR DE DOTES

EN el mesón más inmundo se hallaban Manicucci y de aquel lugar, y con sendos jarros de vino, Paolino. Dos seres que no sabían lo que era trabajar, pero que siempre comían y bebían. Sus estómagos atiborrados de vino no podían tragar más líquido que por fuerza querían ingerir, y éste se derramaba por sus vestidos y por el suelo.

—Aquí se bebe porque se canta —repetían a coro los dos borrachos con esa insistencia tan propia en los adoradores de Baco. Luego Paolino, pasando del canto a la tristeza, dijo llorando:

—No puedo pensarlo.

—¿El qué? —inquirió Manicucci.

—En nuestra patrona... pobrecita, ha muerto.

Manicucci miró a su amigo con extrañeza y preguntó:

—¿Muerta?... ¡Ah, sí! Está muerta, ¿tú no lo sabes? —dijo, después dirigiéndose al hostelero.

—¿Quién ha muerto? —preguntó éste.

—La mujer de nuestro patrón, de messer Francesco Adolanti.

Es preciso hacer un poco de historia en torno de este personaje. Francesco Adolanti habíase casado ya dos veces. Parecía que estuviera maldito o que algún genio lo tuviera hechizado. Tan pronto se casaba, su nueva esposa pasaba a mejor vida. Daba, además, la casualidad, que nunca amase a mujer pobre, siempre escogía la que mayor dote aportaría al matrimonio y al morir él quedaba dueño de la fortuna. Con la última tuvo mucha desgracia, pues todavía no había sido entregada la dote que con tanto afán deseaba; su estirpe, aunque noble, estaba en la ruina más

absoluta y precisaba una mujer rica que le sacara de tan triste situación. Como amigo y preceptor contaba con un notario socarrón y un tanto bellaco que aprovechaba la penuria de Francesco Adolanti para sacar partido y no pequeño de los casamientos que proponía. Adolanti, si no hubiese estirado más la pierna que la sabía, no se hallaría en la precisión de casarse por interés, pero la vida un mucho dilapidaría que hasta entonces había llevado, consumió su hacienda y horrorizábase al pensar que tal vez veríase despreciado por los que hasta allí le reverenciaban y respetaban; olvidó aquello de que de sabios es guardar hoy para mañana y no aventurarlo todo en un día. Francesco Adolanti estaba en su casa, ante el cadáver de su esposa, acompañado del notario y otros amigos; parecía muy triste. De tanto en tanto echaba una mirada a la muerta y estallaba en llanto, exclamando:

—¡Pobre mujer mía! ¡La he perdido!

—Cierto... y también la dote está perdida—respondía por lo bajo el notario.

—Oh... preciso será restituirla, ¿no?—preguntaba el desconsolado viudo.—¿Y cómo lo haremos?

—Pues...

No había necesidad que Scheggia, que así se llamaba el notario, terminara su frase, de sobras sabía Adolanti lo que aquel «pues» significaba. Debía pensarse en una nueva esposa, rica y que aportara la dote en seguida, antes de que la desgracia pudiera cebarse en la infeliz, pues Adolanti tenía la seguridad de que perpetuamente debería vivir sin compañía de mujer alguna.

Al día siguiente se llevó a cabo el sepelio, y sólo los conocedores de las artes de Adolanti no hacían caso a los lamentos y lágrimas de codrillo. Iba vestido de luto riguroso y con la vista fija en el suelo. Un entierro constituía un acontecimiento y las calles por donde la fúnebre comitiva debía pasar se hallaban repletas de curiosos.

—Pero... ¿quién ha muerto?—preguntaba uno de los mirones.

—Ah, la mujer de Adolanti—respondió Burchiello, que también presenciaba el entierro.

—¿La mujer?—preguntó el curioso.—Pero, ¿no se le murió una el año pasado?

—Claro, una por año—respondió Burchiello.—La mujer se le muere y él se embolsa la dote.

Callaron porque en aquel momento pasaba el cortejo, y todos se destubrieron.

—¡Qué afligido está!

—¡Pobre hombre!

Exclamaciones de esta índole salían de muchos labios, y Adolanti miraba a todos con compungida cara para que lo compadecieran más.

—Valor, messer Adolanti—decía le el notario—. Y pensar que os proporcione yo esa mujer... ¡Pobrecilla!

—Sí—respondió entrehipos Adolanti—. Y también la primera.

—Sí, también la primera—afirmó Scheggia.

—¡Pobrecilla!... Era tan buena, también aquella.

—Ah, sí...

De esta guisa siguió el entierro, entre lamentos, lloros y comedia.

Finalmente, cuando el cadáver recibió sepultura, Francesco Adolanti y su inseparable notario regresaron a casa con el fin de escoger a la futura y tercera esposa.

Dejemos atareados a los cazadores de dotes y volvamos en busca de Antonio y Ginevra. Los dos enamorados, a pesar de la vigilancia de messer Bernardo, continuaban habiéndose y tejiendo el ilusorio castillo de su felicidad, que toparía siempre con la negativa rotunda. Como Antonio no podía ir en busca de Ginevra, era ésta la que con un fútil pretexto acudía presurosa a la cita que por medio de Violante, dueña de confianza, se hacían. Vivían instantes de suprema dicha para su

amor un tanto platónico, en aquella estancia que era estudio, comedor y dormitorio a la vez.

Antonio hacía ya rato que empezaba a desesperarse, porque transcurría la hora del encuentro y Ginevra no aparecía; por fin abrióse precipitadamente la puerta y penetró la doncella temblorosa como una gacela.

—Hoy la espera ha sido más larga—le reprochó Antonio.

—No he podido venir más de prisa—excusóse Ginevra—. ¿No estás contento? Al menos así hay pretexto para estar juntos.

—Sí, por tan poco tiempo—lamentóse Antonio.

—Pero muy cerca—suspiró ella, acercándose a su amado.

Ambos se miraron con fuerza. Parecía como si quisieran grabar sus respectivas imágenes en el corazón y cerebro de cada uno; no se hablaban, ¿para qué? Sus ojos decían mucho más que las más elocuentes frases que pudieran expresarse.

De su muda abstracción vino a sacarles Burchiello, que, entrometido, como de costumbre, halló un plan excelente para favorecer a los amantes. A la voz del juglar volvieronse ambos y Antonio preguntó:

—¿Qué sucede?

—¿Que qué sucede? — indicó Burchiello dando a entender por la

expresión de sus ojillos vivarachos que algo muy trascendental ocurría.

Y ante el gesto de asombro de Antonio, dijo, dirigiéndose a Ginevra.

—Madonna, perdonad, pero como veis, el galán no acierte a disculparse.

Antonio, deseoso de saber lo que con tanto misterio ocultaba su amigo, despidióse de su amada y fué tras de Burchiello.

No dijo nada Burchiello a Antonio, porque no estaba seguro de que su plan diera el resultado apetecido, pero por si acaso se lograba algo, quería tener a Antonio cerca para comunicarle lo que de su gestión saldría.

Messer Bernardo tenía la intención de pintar en sus jardines varias figuras alegóricas, y Burchiello, conocedor del carácter de aquél, tenía no poca intervención en aquel trabajo. El plan era que le dejara reclutar a los pintores que quisiera y entre ellos meter a Rondinelli para que pudiera estar cerca de su amada.

Como ya dijimos, Burchiello era hombre que de todo sacaba partido, y aseguró a messer Bernardo que con la aplicación de su ciencia volvería a renacer el pelo que en otro tiempo cubrió la cabeza del noble señor. Precisamente aquel día debía someterse a la operación y espe-

raba sacar la autorización para el asunto de la pintura.

Antes de ver a messer Bernardo estuvo hablando con Violante, a la que dió muchas palabras de esperanza, y la dueña, que quería a Ginevra como a una hermana, le faltó tiempo para correr al encuentro de la doncella, diciéndole:

—Alegraos, alegraos, madonna. Burchiello dico que messer empieza a ablandarse.

—¿Es que ya le ha hablado de mí? — preguntó Ginevra, creyendo que su padre consentiría los amores con Rondinelli...

—Aun no... Es por aquella estratagema de la pintura. Cuando se tiene un padre como el vuestro, preciso es contentarse con lo poco—le aclaró Violante.

—Lo poco... siempre lo poco —lamentóse Ginevra.

Rióse Violante, y mirándola maliciosamente, le dijo:

—Después vendrá lo mucho.

Ginevra maldecía haber nacido entre familia noble, pues que su estirpe no le dejaba amar sin tapujos al elegido de su corazón. Cualquiera muchacha de Florencia podía elegir al hombre que luego convertiríase en su esposo, mientras que ella se vería obligada a tomar la decisión de su padre y a lo mejor casaríase con algún ente ridículo y feo...

Pero estaba dispuesta a arrancarse la vida antes de dar su amor a otro que no fuera Antonio, y a pesar de los buenos deseos de Burchiello, dudaba de que finalmente su padre accediera a consentir tan desigual, para él, boda; firmemente estaba convencida de que si su padre llegaba a enterarse del motivo que llevaba Burchiello a aconsejarle sobre las obras, no pensaría un ápice en darle una tanda de palos, pero al fin y al cabo messer Bernardo se dejaba guiar con mucha facilidad, aunque cuando se trataba de imponer su voluntad fuera inflexible, pero Burchiello, conocedor de las flaquezas del ser humano, estaba completamente seguro de obtener una victoria que redundara en provecho de su amigo y de Ginevra.

La adulación, en aquellos remotos tiempos, era el kábrete, séamos misterioso. Si se quería bien vivir, debía halagarse la vanidad de los poderosos, recoger sus migajas como maná vivificador, y sufrir algún palo con la sonrisa en los labios.

El tuno de Burchiello no necesitaba nada de nadie, nunca pidió y tal vez por eso mismo los nobles le respetaban, porque su lengua era áspid que emponzoñaba la fama de aquel o aquella que por su desgracia no caminase por buena senda.

Luego que dió tan buenas impre-

siones a Violante, dirigióse a la cámara de messer Bernardo a practicarle sus remedios infalibles de belleza, porque así como en nuestros tiempos el varón cuida de ir bien rasurado y peinado, entonces la piel era objeto de una atención preferente, baños calientes, masajes con pomadas hediondas unas y fuertemente perfumadas otras. El padre de Ginevra seguía aquellos absurdos tratamientos en manos de Burchiello, el cual, dicho sea de paso, se vengaba de los malos ratos que por su culpa pasaba Antonio.

Casi sin mediar palabra, acomodóle en una poltrona e inmediatamente le tapó el rostro con unos paños de agua hirviendo. Messer Bernardo se debatía furioso por el dolor que aquello le producía, pero no daba un grito con tal de aparecer bello cual un Adonis.

Mientras Burchiello le sometía a tal escaldado, le decía:

—Resultará un bellissimo patio. Más rico, más digno de una noble alcurnia como la vuestra...

—Ah, eso es indudable—respondía el otro.

—¡Demasiado caliente!—exclamó Burchiello al coger un paño que casi no podía tocarse—. Ponlo al aire, para que se enfríe—ordenó a su ayudante.

—¿Todavía paños calientes?

—protestó entonces messer Bernardo—. Tengo hiviendo la cabeza.

—Y se comprende... es el calor. Calor encima... calor debajo... y así, la sangre va ascendiendo y fortifica la raíz del cabello—explicó Burchiello.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de calmar como por ensalmo a messer Bernardo, que preguntó:

—¡Ah!... Pero, ¿tú crees que el cabello crecerá?

—Fructificará como las coles en el huerto. Vos os tornaréis en el hombre más cabelludo de Florencia, bien digno de ser retratado en el grandioso cuadro que haréis pintar en el patrio... porque está decidido, ¿eh?... Yo voy a llamar al maestro Andrea degli Ville con sus discípulos...

—Espera... espera un momento, no seas vehemente—atajó messer Bernardo ante el entusiasmo de Burchiello, el cual veía por fin el momento de favorecer a sus amigos.

Toda la conversación era oída por Violante, la cual retransmitía lo que se trataba a su dueña y señora. Ginevra estaba en un estado de excitación fácil de comprender. Si se conseguía aquello podría tener a su amado todo el rato que quisiera. Era tanta su alegría, que exclamó:

—Violante, si supieras... tengo

un ansia tan grande que me entran ganas de llorar.

—Pero si os estáis riendo...

—Sí — afirmó Ginevra—. Las tengo de llorar y me entran de reír.

—Eso es porque estáis enamorada — sentenció Violante—. Y enamorada es igual que loca.

—Sí, es verdad, procuraréis hablar de nuevo con Burchiello—ordenó Ginevra, ante el temor de que todos los planes se fueran por tierra.

Mas Burchiello iba ganando, había logrado interesar a messer Bernardo y éste le preguntó:

—Bien, veamos. Dime ahora... ¿qué tema pondrías tú en esa pintura?

—Lo primero de todo, vos a caballo—respondió Burchiello rápidamente.

—¿A caballo?... Por mi nombre, no me disgustaría... ¿Y adónde voy a caballo?—inquirió de nuevo.

—A Norcia.

—¿A Norcia?—volvió a preguntar messer Bernardo.

—Pues, ¿no debéis ser nombrado capitán de Norcia?—le recordó Burchiello.

—Seguro; hace años que me fué prometido, pero no me nombran.

—Entretanto, hagámoslo pintar en el cuadro del patrio, por algo se empieza—insistió Burchiello, temeroso de que por aquello se deshiciera

como la nieve el plan tan cuidadosamente estudiado.

—Bien—accedió messer Bernardo—. Y así les doy una lección a aquellos señores... postergan a la gente de mérito.

Con seguridad que si messer Bernardo hubiese visto la ansiedad que se reflejaba en el rostro de su hija, habría decidido de una vez.

Burchiello iba señalando los lugares que deberían pintarse, y decía:

—Allí será pintada la vista de Norcia... y para que haga mejor efecto, allí pondremos Santa Ra-doante en Gloria.

—En gloria—ratificó otro de los presentes.

—Allí la vista de Norcia y yo que avanzo a caballo y con las insignias del grado y arma al brazo—indicó messer Bernardo complacido.

—¡Magnífico!—exclamó alguien para adularle.

—¡Está decidido!—aseveró Burchiello.

—Espera, déjame pensar—rogóle messer Bernardo acariciándose la barbilla.

Entretanto, Violante, que atisbaba por el ojo de la cerradura, dijo a Ginevra:

—Lo está pensando.

—¡Dios mío, haz que se decida al fin!—suplicó Ginevra, y como si su

ruego hubiera hallado eco, messer Bernardo exclamó:

—¡Lo ha pensado!

—¡Lo ha pensado!—exclamó a su vez Violante.

—¡Decidido!—terminó por fin aquél.

¡Decidido!—comunicó Violante.

No podría transcribir la alegría que se apoderó de Ginevra, igual que un pajarillo al que han abierto su dorada jaula, empezó la doncella a corretear y saltar por la habitación, mientras Violante le decía:

—¡Es un hecho, es un hecho!... ¡Pronto podréis ver a vuestro Antonio! ¡Hoy mismo!

—¡Qué dicha! Verlo por la mañana, por la tarde y por la noche—exclamó Ginevra loca de contento.

—Por la noche no—le hizo ver Violante—. Por la noche no se pinta, más la noche viene siempre, tras el día.

La esperanza es el asidero de todo enamorado, y a ella asióse Ginevra, contando las horas que faltaban para hallarse junto a su querido Antonio, pareciéndole que nunca llegaría el soñado instante.

Dejemos a Ginevra un momento, y trasladémonos a casa del infortunado y desconsolado Adolanti. Su ánimo se halla en un estado de pos-

tración que no logra sacarle su hábil y ladino notario.

Alguien creerá que Adolanti gime y se desespera por la pérdida de su esposa; pero no es por eso por lo que el hombre derrama lágrimas. Una vez más le han fallado sus proyectos y se ve en la horrorosa miseria, arruinado. Su última esposa, al morir, no le ha dejado un maravedí, y el pobre se figura arrojado de su rica mansión como un leproso.

—¡Ah... ah... qué sufrimiento! ¡Qué sufrimiento!—exclama.

—Oh, oh... Calmaos, por Dios. Ya veréis. Siempre hemos hallado el medio de arreglar las cosas... Lo hallaremos ahora — le responde Scheggia.

—¡Oh, esta vez estoy arruinado! ¡¡Arruinado!!—clama con lastimera voz Adolanti.

Su cuidada cabellera se muestra despeinada merced a los tirones que le propina; sus ojos también depositan un gran espanto y miran hacia lo alto como si esperara que de allí ha de caerle la solución. En cambio, Scheggia sonríe cual un nuevo Mefistófeles y acaricia su barba de porrillán. El tiene el remedio, pero duda de hacerlo conocer; hasta que por fin, y ante la desesperación de Adolanti, le sugiere:

—¿Y si os casaseis de nuevo?

Adolanti mirale asombrado ante tamaña proposición, y responde:

—Pero, ¿qué es lo que decís? ¡Si ya se me han muerto dos!

—Está muy bien — le responde Scheggia—. Ya sabéis la palabra del Rey: no existen dos sin tres...

Adolanti ha escuchado, y paulatinamente ha ido desapareciendo de él aquel semblante descompuesto.

—¿Y quién pensáis que me aceptaría? — pregunta ya sugestionado, acariciando la idea de un nuevo casorio.

—No desmayéis — le responde Scheggia—. Acaso aceptaréis una que yo sé, y que podría ser, a lo que pienso, una esposa excelente para vos.

Adolanti ya se ríe; ve en aquella proposición el logro de sus deseos. Ya no se acuerda de que hace unas horas lloraba a modo tendido por las calles de la ciudad; la muerte, lo mismo que si se hubiera desprendido de su jubón inservible, quedaba en el más perfecto y completo olvido.

Scheggia, con sus ojillos de ratón y ademanes de brujo, va diciendo:

—Diez mil, ¿eh? Diez mil florines contantes y sonantes.

—¿Decís diez mil? — pregunta Adolanti creyendo haber oído mal.

—Se ve que se os hace la boca agua—dice riendo el notario al ob-

servar el gesto codicioso de Adolanti, que, nervioso por conocer a la nueva mina, inquiere:

—¿Y quién es?

Scheggia se afina su perilla y ríe con una risa de conejo, una risa que es una mofa a la hidalguía y nobleza que quiere ostentar Adolanti, el cual, en su desmedido afán de hacer, o, mejor dicho, rehacer su fortuna, es un esclavo del notario, y a todo se aviene recordando aquel refrán que dice «quien a buen árbol

se arrima, buena sombra le cobija», aunque la verdad es que el notario siempre saca partido en aquellas bodas, por eso ahora que su bolsa ha menguado un tanto, quiere procurar la tercera esposa a Adolanti, y como conoce a las damas del lugar, que rabian por contraer matrimonio, no le será muy difícil dar con una que tenga regular capital y, si puede ser, poca salud, con el fin de que muera pronto.

SUEÑOS REALIZADOS

BURCHIELLO se ha dado prisa en reclutar a una legión de pintores para poner manos a la obra inmediatamente. Ha recomendado al maestro que no corra en la realización de los cuadros. Messer Bernardo es rico y no le vendrá de mil florines más o menos.

El castillo de messer Bernardo se ha convertido en una colmena si se tiene en cuenta la laboriosidad que reina allí dentro. Se han levantado altos andamios que dan idea de lo que serán aquellas pinturas.

Burchiello, a la sombra de unos arbustos, mira todos los preparativos mientras con su voz aflautada canta:

«Cuando las mujeres no sean
[chismosas]

cuando las noches no sean oscuras,
cuando la nieve fría no sea
cuando el agua del mar no tenga sal,
tralará, tralará.»

La canción no puede ser más tonta, y sin embargo sus pensamientos nada tienen de inocentes. En su mente pronta a la imaginación ve la escena que se desarrollará entre Ginevra y Antonio, aunque también piensa que no sacarán sacar buen partido, porque los enamorados gustan más de gastar lastimosamente el tiempo en lánguidas miradas y profundos suspiros.

En uno de los andamios ha visto a Rondinelli y ruega por que messer Bernardo no se dé cuenta, porque allí terminaría la obra y tal vez los

amores. Messer Bernardo sería capaz de encerrar a su hija en un convento antes que verla con un vulgar Rondinelli.

También ha visto Burchiello a messer Bernardo, que aquella tarde le ha dado por pasear por el jardín, impidiendo que Antonio pueda abandonar el andamio y correr tras Ginevra.

Uno de los compañeros de Antonio, al ver su actitud un tanto nerviosa, le dice:

—¿Estás aquí ya?

—Oh... sí...—responde Antonio distraído—. Yo soy por naturaleza solícito.

—Sí, sobre todo si estás citado con la bella Ginevra.

—¿Quieres callarte?—le dice molesto Antonio—. Es messer Bernardo quien pasea por la terraza. Desde que yo estoy aquí no se ha alejado ni un momento.

Ginevra, por su parte, sigue también furiosa los pasos de su padre. Hace mucho rato que se halla oculta tras una puerta esperando el momento oportuno para hacer una señal a su amado.

—¿Has visto, mujer?—le dice a Violante—. ¿Que idea le ha dado hoy de ponerse a leer en la terraza? Nunca lo hizo.

—Se diría que lo hace a propósito—le responde aquélla.

Parece, por fin, que messer Bernardo se ha decidido a irse, pues se ha parado, y como el amor es inquieto, Ginevra ha salido de su escondite, haciendo señas a Antonio para que baje, mas messer Bernardo se ha vuelto y ve las extrañas pantomimas de su hija, preguntándole:

—Ginevra... ¿pero qué haces?

La gentil doncella se ha vuelto hacia el autor de sus días, roja como una amapola, e indecisa, no sabe qué responder, pero muy pronto halla una excusa y responde:

—Oh, nada... pues pensaba que estaría mejor pintar también... las otras paredes del patio. Aquí, allá... ahí enfrente...

—Ah, pero, ¿qué piensas tú?—le pregunta su padre—. ¿Por ventura se podría pintar en tanto espacio?

—Qué sé yo... Por ejemplo, allí podríais estar vos como hombre de armas... Allá vos como hombre de estudio, con un libro en la mano, paseando adelante y atrás durante cerca de tres horas...

Sin darse cuenta, Ginevra se ha descubierto, mas por fortuna, messer Bernardo no ha oído bien y pregunta:

—¿Cómo?

—Pero... ¿por qué no os vais a reposar un poquito?—le sugiere Gi-

nevra deseosa de verse libre de su presencia.

—No, ¿para qué?... Andando me divierto...

¡Pobre Ginevra! Verá pasar un día teniendo a su amado muy cerca y sin poder hablar con él. Cafia un momento buscando otra cosa que haga alejar de allí a su padre y pronto da con el plan.

—He visto en el tinelo—dice—una magnífica armadura... Estaría bien que os la probaseis para que el maestro Andrea os pinte bien en carácter.

El rostro de messer Bernardo se ilumina con una sonrisa y también Ginevra siente palpar su corazón porque está segura de que su plan ha dado el resultado apetecido.

—¡Sí! — exclama finalmente el padre— Cierzo... tienes razón. Por la barba de Saladino, que es una buena idea.

Luego, con la mirada, busca algo, y como no lo halla, grita:

—¡Mosca!... ¡Mosca!

Aparece respetuoso el criado y aquél le ordena:

—Ven... ayúdame... quiero mostrarme en armas.

—Pues qué... ¿vais a una batalla? — preguntale, asombrado, el criado.

—¡Oh, no! —le aclara messer—. Debo mostrarme a los pintores.

Desaparecen ambos, uno dispuesto a cargar con la pesada armadura y el otro a ayudarle. Ginevra y Violante quedan solas. Por fin ha llegado el momento ansiado, pero antes la enamorada doncella mira cómo se aleja su padre y dice a Violante:

—Vigila tú.

Antonio ha saltado rápido del andamio y a todo correr ha cogido las manos de Ginevra, exclamando:

—¡Ah, Ginevra... por fin!

—Antonio, qué desengaño, haber imaginado todo esto y no poder habernos jamás—se conduce ella.

—Y yo, que tantas cosas tengo que decirte — también se lamenta Antonio.

El lugar no es propio para expansiones, y Ginevra arrastra casi a su amado a un rincón discreto, y vehementemente le dice:

—También yo tengo muchas cosas que decirte... pero, pronto, dímelas antes de que vuelva mi padre.

—Sí, háblame de amor—le dice él a su vez.

—¡Yo te escucho! Habla tú... ¿Qué quieres que te diga?

—También yo te escucho.

—¡Háblame! ¡Háblame! —le suplica Ginevra.

—Pues, ¡yo te quiero!

—¡Oh, y yo a ti!

—¡Oh, Ginevra, te quiero!

Antonio quiere decirle muchas cosas, pero no puede, se halla como transfigurado, su mirada penetra profunda en las claras pupilas de su amada, la apricta convulsivamente las manos y sin poderse contener la abraza y la besa.

—¡Déjame!, ¡déjame!—protesta ella.

Antonio obedece y lamenta su precipitación, mas Ginevra, que ha descubierto un nuevo nuevo, un placer insospechado, se abraza y le ruega:

—¿Por qué me has dejado?... Antonio... no me dejes nunca...

¡Qué cosa más misteriosa es una mujer! Si la amáis vehementemente, se enoja, y si la admiráis también. Alguien dijo que el corazón de la mujer es tan impenetrable como las tinieblas, y, en efecto, así es. Cuando creéis halagarla la humilláis, y viceversa.

La mujer es un ser altamente caprichoso, un niño mimado que jamás está satisfecho, pero... ¡con qué placer soportamos sus dulces tiranías! En la vida existen muchas cosas bellas, pero nada comparable a la mujer y a la flor, que también, por ser bella, es femenina.

Perdona, caro lector, esta disertación, y volvamos al lado de Ginevra y Antonio. Han pasado muchos minutos y ambos están todavía abrazados, mudos, saboreando el placer de aquel instante felicísimo para ellos. No se hablan, tienen suficiente con oír el violento y rápido tic-tac de sus corazones, de confundir su aliento.

¿Qué será que nunca lo bueno dura? El éxtasis es cortado seco y brutal por la voz de Violante, que grita:

—Madonna Ginevra... ¡Vuestro padre!, ¡vuestro padre!

Los dos amantes se levantan como impelidos por un secreto resorte, corren atropelladamente, horrorizados cual si se incendiara el palacio.

—¡Oh, Dios... escondete!—exclama Ginevra.

—¿Dónde? —inquieta nervioso Antonio.

—Allí... es más segura... tú sígueme.

Antonio se ha escondido tras una puerta. Ya era tiempo, porque casi al instante aparece messer Bernardo ataviado con una enorme y pesada armadura. Llega satisfecho de su porte y no viendo a su hija grita:

—¡Ginevra!

—¡Heme aquí, padre — responde al llamamiento, saliendo más muerta que viva.

Mkó al autor de sus días, que, hinchado como un pavo real, contoneábase ridiculamente e iba a entrar donde Antonio se halla escondido, mas quiso la suerte que la celada de su casco cayera, dejando a messer Bernardo sin ver nada.

Se debate el noble, furioso del percance, tirando la celada con tan poco tino que antes arrancara la cabeza que el casco.

—¡Me ahogo!... ¡Me ahogo!— grita.

—Deja, deja que pruebe yo— le ofrece solícita Ginevra, pero en realidad lo que hace es sujetar con la mano la celada e impedir que pueda levantarse.

Violante ha sacado de su escondite a Antonio y éste estampa otro beso en los puros labios de Ginevra. Luego desaparece velozmente, a tiempo que Ginevra levanta la improvisada cárcel de su padre. Este suda como si se hallara enfebrecido y exclama:

—¡Ah! ¡Por mi vida!... No veía nada en absoluto.

—Lo creo, padre... lo creo— responde Ginevra con malicia.

De esta guisa van transcurriendo los días en continuo sobresalto para los enamorados y de enfado para el maestro pintor, que ve no se adelantan las obras. Además, An-

tonio ha pintado un serafín que es el vivo retrato de Ginevra y el buen maestro no tiene más remedio que rectificar la pintura; hasta que finalmente obsequia a los pintores con una fuerte reprimenda; pero ellos no le hacen caso. Es muy divertido observar a Ginevra cuando está con Antonio; muchos de ellos no aciertan a comprender semejante pasión, que nada ni nadie puede detener ya. Con seguridad que si un día messer Bernardo sorprendía los en amoroso coloquio y decidiese a encerrar a su hija, Antonio se tomaría una fuerte dosis de veneno antes que vivir sin su Ginevra, y si bien de momento nada indica que tenga que tomar tan mala resolución, el Destino iría a complicar a no tardar la existencia de dos seres que no querían más que amor, amor y amor.

Este sentimiento tan humano, tan puro y tan lógico ha ido todos los siglos acompañado de otro sentimiento egoísta y bajo: el interés.

Desde que los primeros padres Adán y Eva cometieron su pecado y dijeron al Supremo Creador que estaban desnudos como prueba de que habían perdido su inocencia y pudor, empezaron a sentir ya todos los malos pensamientos que nos legaron junto con la maldición Eterna de «ganar el pan con el sudor de tu

frente y condenado al trabajo, las enfermedades y la muerte».

Esto trajo consigo el interés y el egoísmo, pues los mortales, en vez de enmendar sus yerros en la tierra para gozar de la paz Eterna, no se preocuparon más que de vivir bien, de acumular riquezas, algunas adquiridas con sangre, para disfrutarlas en falsos placeres y vanos oropeles.

Francesco Adolanti se halla en este caso, a él nada le importa que cada diez días envejezca; lo interesante es que la víctima le deje miles de florines y muchas joyas, todo lo demás es secundario.

Allí cerca hay un pequeño poblado llamado Calimaruzza; a él acuden las principales damas a efectuar sus compras y también para ver al hombre amado. En una confusión de tipos e idiomas los mercaderes ofrecen sus sedas, algunas con la pretensión de que su mercancía proviene del legendario Oriente. Entre el gentío casi innumerable y una gran algarabía avanzan Adolanti y Scheggia. El primero no sabe a qué va al mercado, el segundo va derecho a su objeto.

—¿Dónde vamos? — pregunta Adolanti.

—A Calimaruzza, a Calimaruzza... al mercado de sedas—responde el notario.

Entonces recuerda Adolanti que allí ha de hallar a su tercera esposa y también conjuntamente la fortuna que precisa. Obsesionado por esta idea, inquiere:

—¿Diez mil florines habéis dicho?

—Diez mil florines contantes y sonantes... un monte de oro—contesta Scheggia sin abandonar su sonrisa.

Ambos caían porque mentalmente calculan. Adolanti piensa cuánto tiempo le durará semejante cantidad y el notario cuánto le pedirá por su gestión.

Casualmente este día ha acudido al mercado Ginevra en compañía de otras doncellas y de su padre. Antonio ignoraba este viaje y al saberlo por boca de Violante se ha desesperado porque implica unos instantes menos al lado de ella.

En Calimaruzza, Ginevra inspecciona los tejidos; no quiere comprar nada, pues no lo precisa y sólo desea que su padre ordene el regreso para volver al lado de su amado.

Scheggia ve por fin lo que con tanto afán busca. Casi a dos pasos de él se encuentra una dama alta y enjuta, su edad frisa entre los cuarenta y cincuenta años, es lo que podríamos llamar una solterona. Su carácter agrio y hombruno le han

privado del dulce honor de ser esposa y madre.

Ahora su corazón, ya invernal, palpita con fuerza desusada, porque va por fin a casarse. El cauto Scheggia le habló de cierto caballero que quería casar de nuevo. Sabía que ella sería la tercera, mas no le importaba, antes de morir deseaba saber lo que del matrimonio cuentan.

Adolanti, cual un perrillo, sigue al notario que se deshace en profunda reverencia murmurando:

—Madonna... Messer... he aquí a Madonna Laudomia... de quien tanto os he hablado.

—Ah... Madonna — murmura también Adolanti un tanto confuso. Aunque a él lo que le interesa son los florines, no puede creer que semejante adefesio tenga la osadía de suspirar por un hombre que difícilmente hallaríase tan feo y enjuto como ella. Creyendo, pues, que debe arreglar el casorio de alguna hija, le pregunta:

—¿Tenéis acaso hijas casaderas?

—¿Eh? ¡Yo no tengo ninguna hija casadera! ¡Descarado! — exclama furiosa y despechada.

Luego, dirigiéndose al notario que, confuso, no sabe dónde meterse, le dice en el mismo tono:

—¡Y vos avergonzaros de haberme hecho pasar por este trance!

Madonna Laudomia, muy altiva y

digna, vuelve la espalda a los dos malandrines y se marcha maldiciendo interiormente su fracaso que la condena a vivir el resto de sus días en una soltería que cada vez se le hace más insupportable.

Allá, en medio de los gritos de los mercaderes, han quedado anodados Adolanti y Scheggia, el primero mohino por su hado adverso y el segundo porque ve que la bolsa codiciada se aleja cada vez más.

—¡Ah, Messer! — exclama compungido —. Son diez mil florines que se esfuman.

—Pues aunque fueran veinte — contesta Adolanti —. ¡Con ese camello no!

Scheggia se encoge de hombros; al fin y al cabo él puede dedicarse a otros negocios más o menos honrados, pero que siempre le producirán pingües beneficios; en cambio, si Adolanti no se amolda, peor para él.

A pesar del trastorno que para ellos representaba aquella desafortunada operación, en aquel instante algo iba a dar la solución económica a Adolanti.

Por allí pasea también otro peñiraco que busca siempre la oportunidad de llenar la bolsa con el menor esfuerzo posible. El individuo en cuestión llámase Umido y sabe al dedillo todos los secretos de los

publadores de Florencia y sus alrededores. No está en Calimaruzza porque si, tiene sus planes que pone en práctica cuando se da cuenta de que Adolanti no quiere casarse con Laudomia.

Como el halcón que acecha a su presa y luego va recto a la víctima, se hace el enconstradizo con messer Bernardo, al que con su más servil sonrisa saluda.

—Salud, messer Bernardo.

—Salud, messer Umido...

—¿Y vuestra hija?—pregunta el primero.

—Pues por ahí, de compras con las amigas.

—Bien... bien...—responde Almido alejándose para realizar su plan.

Ahora va en busca de Adolanti para ponerle al corriente de todo. No tarda mucho en verle y por su cara grave y macilenta comprende que el golpe es seguro.

—Messer Francesco—llama.

—¿Qué hay?...—pregunta Adolanti.

—Una idea...

Procurando no ser oído por nadie, forma un cornillo con Adolanti y Scheggia, hablando él solo mucho rato. Los semblantes de los oyentes se animan por momentos hasta que, finalmente, ha desaparecido el mal humor.

Es Scheggia el que habla primero y pregunta:

—Creéis realmente que si alguien lograra que le ofreciesen... la capitania...

—Pues quién puede dudarlo—responde Umido—. Se muere por ella; hija, dote, todo lo daría en la empresa.

—¿Norcia?—pregunta anheloso Adolanti.

—Mas... sí... Norcia...—aclará Scheggia—. Con todas las amistades que nosotros tenemos en la costa de Nápoles, en la curia romana. Está de antemano resuelto.

—Sí... sí... no hay duda... resuelto—afirma también Adolanti, que se aferra a aquello como el naufrago a la tabla de salvación.

—Entonces, si para ello me dais licencia, en la reunión que esta tarde tengo en su casa, propondré el negocio a messer Bernardo.

El pacto secreto es sellado con sendos vasos de cierto fuerte licor, y luego se separan. ¿Qué es lo que deben haber tratado? Será preciso contarlo al lector, pues ello es interesante para nuestra narración.

Umido sabe lo mucho que messer Bernardo sueña con ser capitán de Norcia, cosa que le prometieron, pero que nunca fué cumplida. Como dijo Umido, por lograr su anhelo,

hubiera dado todo lo que hubiera tenido; si bien es verdad que messer Bernardo era noble, le faltaba la honrosa carrera de las armas y ello podía comprarse.

Adolanti podía muy bien resolver todo aquello, él tenía lo que messer Bernardo, y éste lo que precisaba aquel. El premio estipulado sería la

mano de Ginevra, acompañada de una fuerte dote.

¡Qué poco podía pensarse la bella doncella lo que de ella trataban!

Si hubiera sido supersticiosa quizás habría pensado en algo malo, pues en el mercado cruzóse con el antiguo amor de Antonio, con Dionora, que le lanzó una mirada llena de odio e ironía.

EL DESTINO DE GINEVRA

MESSER Bernardo cuando terminó en Callimaruzza volvió a su casa de muy buen agüero, pues Umido, para excitar su curiosidad y predisponerlo a todo lo que pidiera, le dió a entender que si quería llegaría a ser lo que tanto anhelaba.

Messer Bernardo ya no pudo descansar pensando en la próxima entrevista con Umido, y el tiempo parecía complacerse en tardar más de lo necesario, pero como todo llega en este mundo, a la hora fijada Umido subía parsimoniosamente las escaleras, penetrando en el salón donde messer Bernardo esperaba impaciente. Tan pronto vióle fué a su encuentro y tras él cerró la puerta.

Umido, a fuer de prudente, antes de exponer su plan trata de otras cosas banales, hasta que finalmente se

acercó a su oído y con gran sigilo le propone la capitania de Norcia.

No es necesario decir que la oferta produce en messer Bernardo un estremecimiento de placer y orgullo. ¡Por fin tendrá lo que con tanto afán ansiaba! Bien es verdad que el precio es un poco elevado, pero al fin y al cabo Ginevra será, a su parecer, tan feliz con un hombre como con otro.

Umido ve que todo se ha resuelto con mucha facilidad, y ante el temor de que la interesada pueda rechazar lo que tan felizmente se ha llevado a cabo, así lo hace notorio a messer Bernardo, pero él desecha tal idea, protestando:

—No, cierto que no; Ginevra es obediente y no se opondrá a mi voluntad; además, que se trata de su felicidad, de su porvenir, y es prudente que yo...

—¡Evidente! ¡Un óptimo partido! Buen nombre, un hombre maduro, práctico en el matrimonio... la hará muy feliz.

—Sí, y yo seré capitán de Urcia —añade messer Bernardo.

Como puede verse, se trata del porvenir de Ginevra sin que ella tenga que intervenir para nada; con la misma frescura disponen del corazón de un ser humano como podrían hacerlo con una cantidad de aquelpreciado metal, el oro, que unos y otros persiguen.

Ambos de acuerdo, fijan el día siguiente para la firma del acta matrimonial, marchando Umido a dar la grata nueva a Adolanti que, como el reo que espera su condena o la libertad paséase nervioso por su habitación haciendo cálculos sobre la próxima dote que vendrá acompañando a su tercera esposa.

Mientras... Ginevra y Antonio siguen tejiendo el hermoso enrejado de sus sueños, bien ajenos a lo que a pocos pasos de ellos se ha tramado. La luz diurna va esfumándose y Antonio debe dejar a su amada, mas ella le retiene.

—Pero, ¿por qué no quieres que saiga?—pregunta él.

—Porque debes ser prudente, Antonio.

—Si volviese messer...—apunta Violante.

—En suma—protesta Antonio—que no podemos estar tranquilos..., piensa, Ginevra, que no hemos podido decirnos todo lo que...

—Agradécelo al cielo—interrumpe ella—, de lo contrario habría de decirte aquello de: Fuera de aquí, he visto en Calimaruza a tu Dionora... me ha mirado así...

—¿Estás celosa?

—No lo sé... me hace sufrir...

Antonio compara mentalmente a Dionora con su Ginevra, y la primera aparece borrosa, indeleble casi; en cambio, Ginevra es la poesía, la bondad, la hermosura y el amor, a ella no puede compararse mujer alguna.

Antonio se consideraría completamente feliz si entre él y ella no se interpusiese la sombra de messer Bernardo. Este recuerdo le obsesiona; así lo manifiesta a Ginevra.

—¡Oh, tu padre no querrá saber nunca de mí!

—¿Quién sabe!—exhala en un suspiro ella—. Acaso tememos por nada... Antonio—continúa luego de ligera pausa—, ¿y si tú le hablastes? Sí. Mañana, mañana mismo. Tengo el presentimiento de que no rechazaría tu demanda. Me ama y no querrá verme infeliz...

—¿Tú crees en los presentimientos?—pregunta Antonio subyugado por el tono de la mujer amada.

—Creo en el amor — responde Ginevra condensando en estas palabras la fe que siente por este sentimiento.

—Pues bien... si... mañana iré a ver a tu padre—decide Antonio, y después de depositar un puro beso en la casta frente de Ginevra, se marcha contento, optimista, soñando en el día siguiente...



Ha transcurrido la noche y el sol con sus rayos deslumbradores da vida otra vez a los seres que pueblan el hermoso poblado de Florencia; paulatinamente todo adquiere movimiento y la gente siente la alegría de ver un nuevo día.

Ginevra se ha despertado muy temprano; su juvenil corazón palpita de temor y emoción al mismo tiempo; espía a su padre, y viendo que está de excelente buen humor, mas no sabe que ello es debido a algo que no podrá adivinar. Messer Bernardo no ha dicho nada de lo que va a suceder y mira a la hija querida como jamás la había mirado.

La mañana la ha pasado Ginevra recostada en el alféizar de su ventana esperando el momento de ver llegar a Antonio; cuando arriba la tarde, algunas amigas hacen más llevadera su natural impaciencia.

Por fin vislumbra a su Antonio que, con paso decidido, traspone los umbrales de la mansión.

—Ya está aquí. ¡Oh, qué apuesto!—exclama— Dejadme sola, os lo ruego... estoy tan nerviosa...

Entretanto Antonio Rondinelli ha llegado a un amplio vestibulo donde el fiel Mosca lo recibe con gran extrañeza, pero como buen criado se limita a decir:

—Habréis de esperaros, messer; está reunido en el salón con gente de gran importancia...

—No importa, esperaré...—responde Antonio, que está dispuesto a terminar su plan.

—Entonces entrad — le invita Mosca, mostrándole un lugar donde sentarse.

Antonio toma asiento, impaciente también, pero no tanto como Ginevra, que pasea arriba y abajo de su habitación, deshaciendo con sus finos dedos unos preciosos bordados que para su solaz tejía momentos antes.

—A estas horas ya lo habrá recibido... de seguro, lo habrá recibido. ¡Pobre padre! ¡Qué enorme sorpresa!...

Luego imagina la escena, y adoptando una postura muy semblante a la de su padre dice:

—¡Ah!... ¡Por mi vida! ¡Un Rondinelli!

—¡Oh, messer!—exclama luego imitando a Antonio—. Estoy enamorado..., tan enamorado...

—¿Sí? Bueno... entonces, sí. Y ya está—termina Ginevra, que en su mente infantil todo lo resuelve bien y favorable.

Pero, ¡qué diversa es la realidad! Reunidos en una gran sala despacho se hallan Adolanti, messer Bernardo y su notario, Scheggia y Umido. Tratan del próximo enlace de Ginevra; el que lleva la voz cantante es Scheggia que, acostumbrado a semejantes casos, ataja bien los cabos y pide que todo lo que representa dinero a pagar vaya a cargo del suegro.

—¿En cuanto a la dote estamos de acuerdo?...—dice Scheggia para puntualizar.

—¡No hablemos siempre de la dote!...—protesta Adolanti, haciendo ver que aquello es lo que menos le interesa.

—Es preciso hablar de ello—responde Scheggia—. Ya se sabe que al esposo ciertas cosas no le interesan, pero nosotros sí no hablamos de la dote. ¿de qué vamos a hablar?

—Es cierto... cierto—asiente messer Bernardo, que por nada del mundo quiere enfadar a los que pueden elevarle a capitán de Nortia.

—Así pues la entrega será hecha—indica Scheggia.

—En dos veces, según el uso—responde el notario.

—¿Pero qué uso? ¿Pero qué uso?—protesta ahora Scheggia, que ve sus florines un poco mal—. ¿Queréis enseñarnos a nosotros? ¿Si habremos hecho contratos matrimoniales!... Es un uso en desuso.

El colega quiere interrumpirle, pero no puede porque Scheggia grita ya furioso:

—¡Qué! ¡Qué! ¡Qué! No discutamos. La queremos toda de una vez y anticipada.

—Messer notario..., no creemos dificultades—atreve a apuntar messer Bernardo.

—Eso es, entre amigos..., entre amigos—indica Umido, que asiste impávido a tan original venta.

—¡Eh! Amiguísimos, amiguísimos—afirma Adolanti, que también teme que aquellas discusiones puedan dar al traste con el negocio.

—Al menos los dispendios de la boda hacédlos vos—indica el notario a su compañero.

—¡Ah, no! Eso es contra el uso... y yo acato el uso.

—Notario Foglia..., no cavilemos demasiado—arguye messer Bernardo, al que pesa aquel asqueroso trato, que tiene más trazas de la venta de una mula que el casamiento de una hija.

Así, de esta forma, ha quedado

SEPULTADA EN VIDA



—¿Qué es lo que está-
bais leyendo? — preguntó
Antonio.

Marcha Ginevra, envian-
do antes a Antonio una
sonrisa, que era todo un
poema.



—Deja, deja que pruebe
yo — ofrécese solícita Gi-
NETA.



—A estas horas ya lo
habrá recibido... de seguro.

SEPULTADA EN VIDA



Ginevra duda, pero con voz mortecina da el ansiado sí.



En Calmaruzza tópanse con Dinnora.



- ¡Ha muerto de peste!
- afirma el doctor Bernabé.



- ¡Es la alegría!... ¡Es la
alegría!



Jamás en Florencia ha-
bise visto entierro seme-
jante.

Antonio, llorando como
un niño, es el que más la-
menta la muerte de Gi-
nevra.



—Mira... se mueve... mí-
ra... ¡ay!, ¡ay!



—¿Qué puedo ahora?
Para mí, tú lo eres todo.

SEPULTADA EN VIDA



Ha visto a su alrededor
los esqueletos que tiene
como única compañía.

Antonio Rondinelli se ha
presentado al juez para
probar que no es culpable.



—¿Cómo no? ¡Va muy
deprisa la difunta!—escla-
ma el Abate.



—Por vos, Messer, me
llamare Piedad.

contratada la infelicidad de Ginevra, que en aquel instante dice a Violante:

—Pero, ¿por qué no me llaman?

—¿Debo ir a escuchar?—la sugiere Violante.

—Sí..., no...; no puedo estar sola—exclama Ginevra en el paroxismo de la desesperación.

Callan porque oyen unos pasos que se acercan; con la mano Ginevra se aprieta el corazón, segura de que por fin va oír de labios de su padre lo que tanto anhela.

Abrese la puerta y en el dintel aparece messer Bernardo, risueño y alegre; padre e hija se abrazan.

—¡Ginevra!

—¡Papá!

—Hija mía..., ¿quién es el que te quiere mucho?

—Tú, querido papá.

—Y a quien al que debes por ahora y siempre dócilmente obedecer — recomienda messer Bernardo preparando el terreno.

—Sí, papá.

—Entonces escucha: he de darte una gran noticia.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?—inquire extrañado el padre.

—Me lo imagino.

—¿Acaso has escuchado tú o has hecho escuchar tras la puerta?

—No, no—protesta Ginevra.

—¡Ah!... Desde luego tú sabes que quiero verte contenta.

—Y, en efecto, estoy contenta—afirma Ginevra, cuyos ojos despiden centelleos de felicidad inmensa.

—Esta tu alegría—expone messer Bernardo—facilita mi misión paterna...; has sido pedida por esposa, y yo he consentido en tu matrimonio.

—¡Ah! ¡Padre mío, padre mío de oro, cuánto te quiero! ¡Gracias!—exclama emocionada Ginevra riendo y llorando de esa forma tan especial que tienen las mujeres cuando se sienten felices.

—¿Hay razón para agradecerme lo? ¿Sabes que el novio me place?

—Estaba segura—responde Ginevra recordando la apostura elegante de Antonio.

—¿Cómo?

—De que me habrías escogido un esposo de mi agrado. Si te place a ti, debe placerte a mí.

—¡Oh, Ginevra, eres un ángel!—exclama messer Bernardo conmovido por la obediencia de su hija.—Ven ahora a abrazar a tu futuro esposo.

—Sí, vamos.

Y corriendo loca de alegría va en busca de su Antonio; pero repentinamente se pone seria al ver sólo a personas para ella desconocidas; un desasosiego turba todo su ser e in-

terrogadora mira a su padre que le dice:

—He aquí a tu esposo: messer Francesco degli Adolanti.

La impresión que recibe Ginevra es tal que, sin dar un grito, cae desmayada.

Messer Bernardo corre presuroso a socorrerla, mientras Adolanti teme que haya muerto y con ella se vaya la dote perseguida. Scheggia también está serio.

Ginevra no vuelve a la vida ni a los afectuosos besos de su padre ni a los gritos de los demás. Sólo Violante, que se ha acercado a la infeliz doncella, logra reanimarla.

—Es la alegría... es la alegría... un ataque de alegría—repite messer Bernardo.

Ginevra mira dolorosamente a su padre y luego a los demás; en un instante ha desaparecido de su semblante aquella risa perpetua y de sus ojos ha huido el brillo. Se apoya en Violante y con dificultad va a encerrarse en su habitación.

—Precisa dejarla tranquila—advierte Adolanti.

—Está demasiado alegre y puede hacerle daño.

—En cuanto a la alegría es siempre un peligro... pero la alegría es siempre la alegría...; con todo, vendremos a cenar esta noche—indica Adolanti.

—Muy bien, os esperaré — responde messer Bernardo.

Quedan departiendo amistosamente, mientras los dos notarios van a buscar sus bártulos que están guardados en un armario que se encuentra en el salón donde Antonio hace ya más de dos horas que espera impaciente.

Deduce que aquellos deben ser los grandes personajes que han conferenciado con messer Bernardo y se levanta creyendo que muy pronto lo llamarán. Fijase en que ambos están muy contentos y también él se alegra, porque ello es indicio de que messer Bernardo debe de estar de buenas.

—Estaréis satisfecho — oye que dice uno de ellos.

—¿Por qué decís eso?—pregunta el otro.

—Vamos; messer degli Adolanti, desposando a Madonna Ginevra, ha hecho un espléndido matrimonio y un magnífico negocio.

Antonio palidece y pregunta:

—¿Quién se casa?

—Pues los solteros — responde Scheggia.

Antonio que no se halla para bromas, agarra al notario por el jubón y zarandeándolo como si fuera un pelele le pregunta por segunda vez:

—¿Quién se casa?

—Ginevra degli Almiéri,

—Con messer degli Adolanti—
termina Foglia.

—No es verdad..., no es verdad
—repite airado Antonio.

—¿Cómo que no es verdad?—in-
quiero extrañado el notario.

Antonio ve que sí, que es cierta
la noticia y con rabia lanza a Scheg-
gia con violencia sobre el otro men-
tecató; luego se va de allí sin saber
adónde se dirige.

Baja como una exhalación las es-
caleras y en el final se encuentra a
messer Bernardo y Adolanti; pasa
entre ellos casi derribándolos.

—¡Por el chapiro verde!... ¡Un
Rondinelli en mi casa!—brama mes-
ser Bernardo.

Mas Antonio se aleja de allí sin

hacer caso a nadie, el golpe recibi-
do ha sido demasiado fuerte. Todas
sus ilusiones se han desvanecido co-
mo una nube de verano. No culpa
a Ginevra, porque está seguro de
que ella no ha tenido la menor in-
tervención en ello, y esto le contra-
ría quizás más que si Ginevra hubie-
ra accedido gustosamente a seme-
jante unión, pues que nada podía
hacer para variar el rumbo de las
cosas.

Ginevra se resigna porque tam-
poco puede hacer cosa alguna, ya
que su padre ha empeñado su pala-
bra, así es que espera el día de la
boda como el reo condenado a muer-
te espera la hora que ha de subir al
cadalso.

GINEVRA MUERE

TODO es actividad en el palacio de Almieri, todo aparece engalanado. Es aquel el día señalado para la unión de Ginevra con Adolanti.

También la iglesia resplandece de luz. Messer Bernardo no ha escatimado un florín para que la boda deje un recuerdo imborrable en la ciudad.

Ginevra parece un ascua de oro. Toda ella está cuajada de ricas joyas. Adolanti mira codicioso aquel dineral sin parar mientes en la belleza angelical de la que va a convertirse en su esposa.

Ya están ambos ante el representante de Dios, que, luego de las frases de ritual, pregunta:

—Messer Francesco degli Adolanti, aceptáis por esposa a Madonna degli Almieri.

—¡Sí!—responde aquél.

—Madonna degli Almieri, acep-

táis por esposo a messer Francesco degli Adolanti.

Ginevra duda, pero con voz mortecina da el ansiado sí.

Ha terminado la ceremonia y los nuevos esposos salen del templo. Adolanti, henchido como un pavo real; ella llorando casi.

También Antonio hállase entre la primera fila de curiosos y contempla el espectáculo que desgarró su corazón enamorado.

Pasa la pareja por delante de él. Ginevra lo ha visto y su congoja sube al punto. Quisiera decirle a Antonio que todavía le ama y que su pasión no se borrará nunca; pero nada puede decirle. Una nube borrosa se pone en sus ojos, vacila y cae como herida por un rayo.

Arremolinase la gente; todos hacen suposiciones. Ginevra está fría cual la nieve. Messer Bernardo se arrodilla a su lado y la llama:

—¡Ginevra! ¡Ginevra! ¿Pero qué ha ocurrido, Ginevra?

Al vez que nada da señales de vida en su cuerpo, clama desesperado:

—¡Un cirujano! ¡Un médico, pronto! ¡Un médico! ¡El doctor Bernabó... el doctor Bernabó!

Mientras unos van en busca del médico, Ginevra es conducida a su cámara, acompañada de la mayoría de los curiosos que presenciaron la boda.

Aparece el doctor Bernabó, con su ayudante, mira a Ginevra con detenimiento y dice:

—Punto primero: no conviene acercarse jamás a los enfermos en tiempo de peste...

Sigue examinando, luego pide a su ayudante:

—Chinchibó, dame la lámpara.

Aquél se la da y después de encenderla vuelve a observar el rostro de Ginevra, ausculta su corazón y finalmente dice:

—¡Está muerta!

—¡Muerta!—exclama horrorizado Paulino, cuya curiosidad le ha llevado hasta dentro de la que se convirtió en cámara mortuoria.

—¡Muerta! ¡Está muerta!—se oye por doquier.

—¡Ha muerto de peste!—afirma finalmente el médico.

Paulino es el encargado de dar al pueblo reunido a las puertas del pa-

lacio la triste nueva, y con voz doliente dice:

—Señores, escuchad un momento: ¡Ginevra degli Almieri ha muerto!...

Messer Bernardo está abatido, también Adolanti cree que sobre él pesa una maldición y siente la muerte de Ginevra porque la dote se ha esfumado; llora porque unas lágrimas son apropiadas para el momento.

Al día siguiente se efectúa el sepelio; sobre un túmulo llevado en hombros descansa el cuerpo de Ginevra; todavía conserva las joyas que se puso para la boda. Jamás en Florencia habíase visto entierro semejante; si rica fué la boda, más rico era el entierro.

Puede decirse que la población en masa se ha congregado allí a rendir póstumo homenaje a la que en vida fué querida por todos por sus bondades y simpatía.

—Mira, ¡qué cantidad de joyas le han puesto a la muerta! Mira... ¡mira cuántas y qué bellas!

Exclamaciones así se oyen por doquier y todos admiran la reluciente comitiva que va al cementerio. Entre los que forman el duelo no puede faltar Scheggia que, muy compungido, camina al lado de Adolanti.

—¡Pobre madonna Ginevra!—se

lamenta; luego continúa en tono más bajo—¿Habéis visto qué efecto hacen las joyas?...

—¡Infeliz de mí!—responde entre estudiados hipoes Adolanti—. Son espléndidas... Todos las admiran.

En efecto, la vista de aquellas riquezas ha excitado la codicia de muchos. Paolino y Manicucci también se sienten atraídos hacia aquellas joyas; dos seres miserables, hasta el punto de mendigar la caridad pública, son incapaces de respetar siquiera por pura fórmula el acto que se desarrolla.

—¡Qué ritas, qué bellas!—exclama Paolino.

—Es un pecado—le responde Manicucci, aunque también él piensa en lo mismo.

—¿Qué dices?...

—¿Yo? Nada. ¡Pobre amita, qué desgracia! Pero las joyas no las puede gozar quien está muerto—termina Manicucci, que está pensando de qué medio podrá valerse y apoderarse de aquella riqueza.

—Pero, ¿a ti qué te importa?—pregunta Paolino que quiere saber lo que piensa su amigo.

—¡Oh, a mí nada!—responde temeroso aquél de que hayan podido vislumbrar su pensamiento—. Eras tú el que...

—¿Yo?... Yo no he abierto la boca...—miente Paolino.

—Estás incurriendo en un grave pecado al pensar en ciertas cosas en vez de rezar—le apostrofa Manicucci.

—¡Ah, yo ya rezo!

—Toma, y yo...—responde el otro.

Dejaremos a estos malandrines para trasladarnos al lado de otros. Adolanti y Scheggia caminan tras el cadáver de la desventurada Ginevra, mas a pesar de que el primero quiere hacerse el desconsolado, no puede evitar que en su insano deseo por el oro, levante los ojos y los ponga sobre las joyas. Adolanti no es de esos que según es el viento tal es el tiento. No se conforma con la pobreza, y por lo bajo murmura:

—Esas son cosas que convienen a los vivos... cosas de este mundo. ¿Cómo haré yo para conseguir que los muertos no necesiten joyas?

—¡Chitón!—le aconseja prudentemente Scheggia—. No os hagáis notar de la gente.

—Yo no he de consentir que se queden bajo tierra.

La tenebre comitiva llega al cementerio. Una gran piedra es levantada por cuatro hombres que luego descienden por unas escaleras llevando el cuerpo inerte de Ginevra. Allí, debajo de aquella gran losa se

ven algunos esqueletos. Todos han pertenecido a la vasta familia de los Almieri. En el centro hay un túmulo que recogerá los mortales restos y cuando ya Ginevra descansa para siempre, bajan los deudos a rendir póstumo homenaje.

Adolanti y Scheggia se colocan al lado del cadáver como si sus labios elevaran preces para el eterno descanso de la difunta. Sin embargo, es muy otra la conversación. Oigámosla:

—Tengo miedo, porque si...— dice Adolanti.

—Arriesgaos. La gente se creará que sois pobre y os dejará tranquilo—le aconseja Scheggia.

—No me atrevo...—duda todavía Adolanti.

—¡Animos!... El oro siempre ha sido salud y nunca maldad.

Las palabras de Scheggia se han ido infiltrando con fuerza en la débil voluntad de Adolanti, y cuando todos inician la ascensión, el malvado, con el pretexto de que quiere estar un poco más al lado de su esposa, espera a hallarse solo, y sus manos profanas van arancando los zarcillos, las sortijas cuajadas de diamantes, los collares de finas perlas y la diadema de sin igual pedrería. Luego lo esconde todo entre su cuerpo y sale al exterior esforzándose en derramar algunas lágrimas.

Los cuatro hombres vuelven a poner la pesada losa y las últimas plegarias se elevan de muchos labios. Ginevra ha desaparecido del mundo de los vivos.

Sólo hay tres personas que lloran la muerte de Ginevra: su padre, Violante y Antonio. Este último, en una crisis de desesperación, que nada ni nadie puede mitigar, el dolor de Antonio es incomparable, se culpa de ser el causante de la muerte de Ginevra, porque le han faltado ánimos para disputarla a la codicia y egoísmo de los demás.

No ha tenido valor para asistir al entierro; ha estado solo en su habitación llorando como un niño; sus lágrimas han sido amargas cual la hiel.

Ahora han entrado en la habitación sus inseparables amigos y le consuelan; pero las palabras de ánimo no hacen mella en el infortunado muchacho que pide la muerte para reunirse en el más allá con la única mujer que ha querido con toda su alma.

—¡Cálmate, sé fuerte!—le dicen.

—¡Yo! ¡Yo!—exclama Antonio. —He debido defenderla; robarla en vez de dejarla que fuese al suplicio, que muriese.

—No te desesperes, vamos. Ven con nosotros.

—No, no puedo; idos lejos; no quiero ver a nadie.

Compadecidos del sincero dolor, lo dejan para que se desahogue, y así, mientras Antonio mesa sus cabellos, messer Francesco Adolanti con Scheggia se hallan sentados en torno de la mesa, bien cerradas todas las puertas y ventanas.

Con verdadera fruición tasan y sopesan las joyas robadas.

—¡Jamás se ha sepultado en Florencia una mujer con tantas joyas! —dice Scheggia.

—Esperemos que el Almieri lo tome en cuenta—indica Adolanti.

—Pues claro; claro. No ha de tomarlo en cuenta, y cuando finalmente evaluemos la dote...

—Restará siempre por devolver una fuerte suma que nosotros no tenemos—concluye Adolanti.

—Nos hemos dado demasiada prisa en pagar a los acreedores—se lamenta Scheggia al ver fallido su negocio.

—¡Oh, sí!... Con las otras difuntas hemos podido descontar el mantenimiento, pero aquí, ¿qué se descuenta, eh? Con esto—dice Adolanti, refiriéndose a las joyas—, por ahora ningún dinero se puede hacer...

—Cierto; ahora no, claro—asevera Scheggia, sin ver la posibilidad de un arreglo.

Ni uno ni otro se han dado cuenta de que si un ciego guía a otro, ambos corren el peligro de caer en el hoyo, y por esta inadvertencia, ahora se hallan en una difícilísima situación, porque tendrán que devolver la cantidad que percibieron a cuenta de la dote y además el incommensurable valor de las joyas.

Pronto encuentra la solución el malvado Scheggia, y sin pensarlo más propone a Adolanti:

—¿Y si os casarais de nuevo?

—¿La cuarta? —pregunta con miedo aquél.

—Una buena dote sería la salvación...

Se encierran los dos en un absoluto mutismo y ya entrada la noche se separan sin haber acordado nada.

Cuando Adolanti queda solo siente un pánico atroz. Por doquier le parece que tratan de abrir; oye ruido siniestros; se acuesta y tápase cabeza y todo, agitando su cuerpo un temblor convulsivo.

La noche parece demostrar su disconfirmación en lo sucedido aquel día que amaneció hermoso y diáfano. El cielo se halla encapotado, frecuentes relámpagos acompañados de truenos encogen el ya poco valor de Adolanti; además, un fuerte vendaval azota los árboles produciendo todo ello un ruido infernal.

Los elementos desatados cañan

mayor pavor todavía en el cementerio, por donde avanza, a pesar de la tormenta, una sombra embozada en larga capa. Es Antonio Rondinelli que acude a rezar sobre la tumba de Ginevra.

El guarda del cementerio lo ve y como lo más natural dice para sí:

—¡Oh, es Antonio Rondinelli!... Dicen que estaba muy enamorado de Ginevra degli Almieri. Dejémosle rezar en su tumba.

Cuando Antonio ha terminado sus rezos, vase con el alma algo más tranquila.

Al cabo de unas instantes sin dos las sombras que por distintos lugares se acercan a la tumba. No pueden verse porque caminan de espaldas y con mucho miedo; apoyada en el hombro llevan una gran palanca de hierro. Coinciden en el mismo punto dándose un empujón y ahogan un grito de terror, mientras, poco a poco, se vuelven hasta quedar de cara:

—¿Qué haces aquí? — pregunta Paolino, pues no es otro.

—¿Y tú, Manicucci? — inquiere el otro.

—¿Qué haces, te digo? — insiste Paolino sin querer responder.

—¿Yo? Eso te pregunto yo.

—¿Yo? ¡Pobre Madonna Ginevra! Les dos se errodilan y hacen ver

que rezan en voz baja. Finalmente Manicucci exclama:

—¡Pobrecita, pobrecita; Tan joven y yace bajo una piedra como ésta.

—¡Ah, sí!... ¿Y debe pesar mucho? — indica Paolino.

—Mucho...

—Yo apostaría a que ni siquiera puedes moverla.

—¿Yo? Pruébalo tú.

—¿Yo? ¿Y por qué yo?

—¿No es a eso a lo que has venido aquí? — pregunta Manicucci dispuesto a sacarse la careta.

—¿Y tú, eh?

—Todo es fácil.

—Oye, Manicucci: ¿vamos a probar juntos?

—Sí, pero a medias, partes iguales.

—Sí.

—Y ahora a ello.

—¡A ello!

Poco han tardado en ponerse de acuerdo, porque a los dos les ha convenido, y sin hablar más han aunado sus esfuerzos para levantar la pesada losa. Con aquellas palancas no tardan mucho en lograr su intento; la entrada ha quedado libre y Manicucci, con más miedo que vergüenza, empieza a bajar. Paolino hace guardia para evitar cualquier sorpresa.

A los pocos escalones Manicucci, con voz temblorosa, llama:

—¡Paolino!

—¿Qué quieres?...

—Dame la antorcha.

Paolino la enciende y se la da, diciendo:

—Ten, ten; no tengas miedo.

—¿Quién habla de miedo?—responde Manicucci.

Vuelve a bajar y al cabo de poco grita:

—¡Paolino!...

—¿Qué te pasa ahora?—pregunta aquél desde arriba.

—¿Estás ahí siempre?

—Siempre...

—No te muevas...

—Descuida, no me muevo.

Baja unos cuantos escalones más y vuelve a llamar a Paolino.

—Sigue adelante. Yo no me muevo—responde temeroso del resultado de la aventura.

Después de muchos tropezones y sobresaltos, Manicucci llega al final; lo primero que ve son los huesos humanos esparcidos por doquier. No obstante, logra aplacar su temor y avanza hacia Ginevra. En un instante desaparece el miedo y preven-

ciones al ver con estupor que Ginevra no ostenta ni una sola joya.

—¡Paolino!—llama.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Que las joyas no están aquí?—exclama Manicucci.

—¿Qué dices?—brama Paolino plantándose en un salto en medio del nicho.

—¡Las joyas! ¡Las han robado!... ¡Malditos ladrones!—vocifera Manicucci, sin fijarse que se estaba maldiciendo a sí mismo.

—Ha sido el diablo quien se las quitó—indica Paolino.

—¿El diablo?

—Sí...

Quizás iba a decir algo más, pero un caso insólito trabó sus lenguas, dejándoles mudos de espanto.

Ginevra había estirado los brazos, como si quisiera agarrar a los profanadores de su descenso.

—Mira... se mueve... mira... ¡Ay, ay!...

Casi a dúo lanzaron los dos pillos estas exclamaciones y apresuradamente buscaban la salida que parecía haberse cerrado, tal era el pánico que sentían.

RENACE GINEVRA

EN efecto, Ginevra degli Almieri se ha movido, ha estirado primero los brazos, luego ha movido los pies, y, finalmente, como si estuviera sólo dormida, se ha vuelto hacia un lado. En su rostro se esboza una ligera sonrisa y su rostro se colorea ligeramente. Pesadamente abre los ojos y vuelve a cerrarlos sin abandonar aquella sonrisa, luego vuelve a abrirlos ya francamente y se incorpora asustada. Ha visto a su alrededor los esqueletos que tiene como única compañía. Se esfuerza en comprender, pero no puede darse cuenta de lo que ocurre. Con la vista recorre aquel lugar que no recuerda haber visto jamás y con pavor aumentado busca afanosamente

la salida de aquel subterráneo horrible. Araña con desesperación las paredes sin hallar la puerta que pueda devolverla a la vida, al aire libre; tropieza y finalmente da con la escalera. Atropelladamente sube los escalones, aumentando su terror ante la noche capaz de infundir miedo al más valiente. Sus ropas se empapan de agua y corre desolada por aquellos caminos. A lo lejos ve a dos personas que también corren. Son Manicucci y Paulino que también buscan sin encontrar la salida del cementerio.

—¡Corre, corre, corre! — grita Manicucci.

—¿Que nos pilla!— vocifera Paulino.

—¡Castigo del cielo!—lamentase Manicucci.

—Sí. No se debe robar lo de los otros. ¡Corre, corre!

Mientras van lamentándose de esta guisa, no cesan de volver la cabeza y distinguen perfectamente la sombra blanca de Ginevra que casi los pilla.

Después de muchos sustos pueden verse fuera de aquel lugar terrorífico para ellos y se encierran en su albergue, cercano al cementerio.

Tiemblan como dos atogados, y cuando ya están algo más tranquilos Manicucci dice:

—Quizás haya sido una ofuscación. ¿Cómo es posible que la muerte se moviese?

—Desde luego, los muertos no se mueven—asevera Paolino.

—Es claro, los muertos no se mueven—ratifica también Manicucci.

Pero muy pronto varían de parecer, porque uno golpea suben en la puerta, golpes de desesperación acompañados de gritos:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Abridme! ¡Piedad!

—¡No! ¡No! ¡Es ella! ¡Qué miedo!—exclaman los dos bergantes, muertos de miedo otra vez.

Ginevra, harta de golpear la puerta, prosigue su carrera en busca de alguien que quiera socorrerla. Ahora se encuentra ya en plena población y sin darse cuenta golpea con el aldabón la puerta del que se había convertido en su esposo y que casualmente da encima del albergue de Paolino y Manicucci.

Los repetidos golpes hacen levantar a Adolanti, que puede escuchar muy claramente:

—¡Abrid! ¡Abrid! ¡Soy Ginevra degli Almieri!

Gruesas gotas de sudor surcan la frente de Adolanti, que tiene que apoyarse en la pared para no caer mientras murmura:

—Su espíritu..., fui sacrilego...

Luego va a la cama y extrae de debajo de la almohada las joyas robadas y las echa por la ventana diciéndo:

—¡Aquí están! Llévatelas, alma errante, y torna a buscar el reposo. Vete en paz, vete en paz.

Las joyas caen, pero Ginevra no las ve; está demasiado trastornada para darse cuenta de cosas tan materiales y nuevamente vuelve a correr llamando de puerta en puerta sin obtener contestación.

De todas formas las joyas no se pierden. Paolino y Manicucci las han visto caer.

—Manicucci, son las joyas.

—Ella misma las ha traído—exclama Paolino.

—¡No fué ella! ¡Fué el diablo!
—indica Manicucci.

Pero sea por lo que fuera, se quedan con ellas, cerrando bien con llave todos los aposentos, y esperan con ansia la luz del nuevo día, que tal vez disipe los horrores de la noche transcurrida.

Ginevra se halla ahora frente a su casa y con toda la fuerza de sus pulmones grita, segura de hacerse oír, a Violante. Esta se ha levantado también y va en busca de messer Bernardo diciéndole:

—Me ha llamado, ¿no oísteis?

—No, son ánimas en pena. No deben ser turbadas en modo alguno durante la tempestad.

Y tampoco Ginevra logró que las puertas de su casa se abrieran para darle el cobijo que tanto necesitaba. Temía que fuera a volverse loca; no sabía ya adónde acudir, pero pronto se acordó de que en Florencia existía una persona que la amaba con toda su alma: Antonio. Sin pérdida de tiempo lanzóse a su puerta y, casi sin fuerzas ya, llamó:

—¡Antonio! ¡Antonio! ¡Ábreme!
¡Soy Ginevra!... ¡Antonio!...

No tardó un minuto Antonio en

abrir, y al ver a su amada exhausta, mojada y llorando la recogió amorosamente entre sus brazos y la condujo al interior, mientras sus labios repelían el nombre tan querido. No pensó ni por un momento que fuera ninguna alma en pena; ante él tenía el cuerpo con vida de su adorada Ginevra y eso era todo lo que él deseaba.

Tendióla en un diván, mientras golpeaba cariñosamente sus mejillas y le decía:

—¡Ginevra, vida mía!

—¡Antonio, salvado por ti, para ti!—exclama Ginevra presa de una emoción sublime.

El no le pregunta nada, ¿para qué? Parece un milagro lo sucedido y sólo se cuida de poner sus ropas a secar, mientras Ginevra, en otra habitación, se viste con unos ropones de Antonio. Cuando sale ya vestida, mira tiernamente a su amado, que le pregunta:

—Y ahora, ¿volverás con él?

—¿Con quién?—pregunta a su vez Ginevra.

—Con tu marido...

—Preferiría volver a la tumba... Quiero quedarme contigo. ¡No permitirás que me lleven!...

—¡No! ¡Jamás, jamás!—exclama Antonio, dispuesto a jugarse la vida si fuera necesario.

—Yo estoy viva solamente para ti...—responde Ginevra.

Las pocas horas que restan de la noche la pasan los dos amantes haciendo cálculos para el porvenir, que, a pesar de todo, se presenta muy oscuro para ellos, puesto que cuando se dieran cuenta de la fuga de Ginevra sería difícil explicar lo acaecido, máxime cuando aquella gente estaba llena de supersticiones que no creerían nunca en Ginevra hubiera sido enterrada sin haber muerto; pero como no era posible volver a Ginevra a la tumba, era cuestión de arrostrar los acontecimientos conforme se presentaran.

En efecto, a primeras horas de la mañana, cuando los guardas del cementerio dieron su ronda habitual, diéronse cuenta de que la tosa que guardaba el cuerpo de Ginevra estaba levantada. Miraron hacia el interior y viéndolo desierto comunicaron inmediatamente que el cuerpo de Ginevra había sido robado.

Los habitantes de Florencia hacen cada cual su suposición y Paolino y Manicucci, que podrían dar luz sobre el asunto se guardan bien de decir nada por miedo a verse culpados.

Jamás ocurrió en Florencia nada más absurdo y los jueces no saben qué hacer ni qué decir, finalmente

optan por lanzar un pregón por todas las calles. El pregonero se para en todos sitios y lee un pergamino que dice:

«Se anuncia al pueblo que habiendo sido robados esta noche de la sepultura donde yacían los restos mortales de Madonna Ginevra degli Almieri, es deber de todo ciudadano que conozca o llegase a conocer algo respecto a este crimen, denunciarlo al Tribunal, exponiéndose quien no lo haga a las penas gravísimas que están previstas para esta clase de delitos».

El pregón llega también a oídos de Ginevra y Antonio. La doncella, temerosa de que pueda ocurrir algo malo a su amado, le dice:

—Huyamos, Antonio, huyamos.

—No temas; te esconderé donde no sea posible que nadie te encuentre. Serénate, sérénate.

Aprovechan el momento en que el pregonero vase a otro lugar a dar su pregón y, sin ser vistos por nadie, huyen de la ciudad a esconderse en un lugar que es ideal para este objeto. Antonio Rondinelli tenía muy apartado de Florencia una casita rodeada de bellos jardines por todos lados, que era ignorada hasta por la mayoría de sus amigos, y ningún sitio como aquel para el objeto perseguido.

Mientras los dos enamorados van en busca de lo que podría llamarse su liberación, en Florencia se han reunido jueces y personas de prestigio para poner en claro la desaparición de Ginevra. En el salón del Tribunal se hallan también Adolanti, Burchiello, Umido y gente del pueblo.

Hace ya un rato que el Tribunal lanza suposiciones todas completamente absurdas, y finalmente el juez dice:

—En resumen, estaba muerta, y si la muerta está muerta no puede irse por su pie, se queda donde está...

—Se habrá quedado calvo—murmura Burchiello.

—Está claro—dice Umido—. Para mí, aquí se trata sólo de un hurto...

Adolanti tiembla y responde:

—¡Oh! No hagáis que me rompa la cabeza con vuestro hurto...

—¿Con mi hurto?... —inquire Umido.

Pero el juez liquida la cuestión que se iba a dirimir entre ambos diciéndo:

—Excluyo el hurto...

Todas las miradas convergen en la puerta por donde acaban de aparecer un soldado acompañando a un hombre que demuestra temor por lo

que pueda suceder. Alguien le pregunta:

—¿Conque no lo has encontrado?...

—No, Messer. ¡Imposible! Parece ser que ha huido... he hallado solamente a este criado suyo.

—Es el criado del Rondinelli—apunta uno.

—¿Dónde está tu amo?—inquire el juez dirigiéndose al tembloroso criado.

—¿Y cómo queréis que yo lo sepa?—respondo. Yo he ido al burgo de San Fernando de compras y al volver ya no estaba en casa.

—También los caballos han desaparecido—indica el soldado.

—Bien, así, pues, ¿tú afirmas que Antonio Rondinelli estaba en el cementerio esta noche?—pregunta el juez.

—Sí, lo afirmo—responde el soldado—. Rezaba en la tumba de Madonna Ginevra.

—¡El Rondinelli!—exclama Messer Bernardo, furioso.

—¡Un Rondinelli!—brama despectivamente Adolanti.

—Cómo la amaba... —trata de disculpar Violante.

—No hay duda, el sacrilego es él—afirma el juez, convencido.

Messer Bernardo cree que aquello de que un Rondinelli estuviese

rezando ante la tumba de su hija, es ya de por sí un delito, y como si tuviera al reo delante pregunta:

—¿Y con qué derecho un Rondinelli rezaba en la tumba de una Almieri?

—Que era mi esposa — termina Adolanti. — ¿Con qué derecho?

—Eso es — repite como un loro Scheggia —: ¿con qué derecho?

Burchiello no puede contenerse ante tamañas injusticias y elevando la voz grita:

—Pues con el derecho del amor.

—¿Del amor? — pregunta Adolanti, extrañado.

—Sí, con el derecho del amor. Rondinelli no es culpable, él no ha hecho otra cosa que arrodillarse sobre aquella piedra...

—Eso lo veremos... — arguye el juez.

Después de mucho discutir y no sacar nada en concreto el juez dispone que se proceda a la busca y captura de Rondinelli, ofreciendo cien florines al que logre dar con él, y entre tanto pasan los días sin que Rondinelli dé señales de vida.

Allá en Patrolino, en su villa, vive un verdadero sueño de felicidad.

Con su Ginevra por única compañía, se deslizan las horas sin que ellos se den cuenta; bien es verdad

que el lugar es apropiado para el amor.

Ajenos por completo a lo que ocurre en Florencia, los dos enamorados pasean por los jardines y entre caricia y caricia Antonio pregunta:

—¿De verdad no añoras nada?

—¿Qué puedo añorar? Para mí tú lo eres todo — responde melosa Ginevra.

—Mia... mia... — balbucea lleno de emoción.

—Siento sólo que mi padre llora mi muerte; pero, ¿cómo podría darle noticias mías sin que también el otro...?

—Ese — ataja Antonio — pensará casarse de nuevo.

—Y las hará también morir como a todas las otras — exclama riendo Ginevra.

En efecto, Francesco Adolanti, ante la perspectiva de su ruina, opta por casarse con Madonna Laudomia, aquel vejestorio que en otro tiempo rehusó y que, gracias a sus incontables florines, ha logrado la ilusión de toda su vida: casarse, aunque sabe que su esposo no se ha unido a ella por amor, mas a ella le es igual.

Madonna Laudomia es de aquellas mujeres que por nada del mundo quieren quedarse solteras, y si bien en aquel matrimonio no halla-

rã amor, piensa, y no va equivocada, que el dinero dispondrá del corazón de Adolanti, como si éste lo tuviera. Su plan es dar al esposo todo lo que quiera, con tal de que éste le dé un poco de amor, que tanta falta le hace y por el que ha suspirado miles de veces.

Messer Francesco degli Adolanti está ahora en sus glorias, porque los florines dantan en su boda con un sonido que se le imagina celestial; por fin ha podido también lograr su deseo y puede decirse que ahora la suerte le acompaña, ya que hace algunos días que hállese casado y todavía no ha muerto su tercer esposa, lo cual es ya un buen augurio. También él ha hecho sus cálculos. Madonna Laudomia es ya vieja, mientras que él, en cambio, goza de una salud perfecta. Es muy fácil que se muera antes que él, y haciéndole ver que siente hacia ella un amor inmenso, toda su fortuna pasará íntegra a sus manos, con lo que quedará libre de esposa y dueño de hacer lo que a bien tenga.

También hay alguien que está muy contento con la boda, Scheggia. Este, desde que arregló el casorio, cuenta también los florines por cientos y su boca insaciable no cesa de pedir a Adolanti más y más, y este no tiene más remedio que dárselo, pues que gracias a él goza de

una privilegiada y bonita situación.

Los dos compinches se dan una vica a cuerpo de rey y raramente salen de las enormes borracheras que conjuntamente con otros tipos de su calaña agarran diariamente. Luego Adolanti, a la noche, cuando Madonna Laudomia siente arder su sangre ya invernal, no tiene más remedio que soportar con un agrado que a la legua se ve es fingido, las caricias que la vieja le hace y que, gracias al vino y licores, resultan menos desagradables.

Burchiello, por su cuenta, ha compuesto ya algunas concioncillas en las que con su palabrería satírica y mordaz entera a toda Florencia de quién es Adolanti, y todos aquellos que un día le tendieron la mano como amigos y para consuelo de sus desgracias, le retiran el aprecio que por él sienten, mas el mentecato le es igual, porque con el oro halla otras amistades que pueden en aquellos momentos tener más valía, aunque después para nada le sirvan.

¡Cuánta diferencia hay entre estos sentimientos y los de Antonio y Ginevra! Los dos amantes pueden decirse que pasan los días sin que se den cuenta, viven única y exclusivamente para ellos; los juramentos de amor eterno dan paso a dulces

y apasionados besos que Ginevra saborea con delectación, y allí, entre aquel ambiente cuajado por doquier de olorosas flores, oyendo los trinos de innumerables pajarillos, la doncella no recuerda ya que el egois-

mo de los suyos la llevaron a una sepultura que, si bien por entonces no fue eterna, si lo fue para que tomara un miedo terrible a aquel que su padre quería darle como esposo.

SE DESCUBRE LA COMEDIA

HACIA la villa de Pratelino galopan dos caballos que llevan en sus lomos a una dama y a un hombre. Ambos van en silencio, quizás absuados en pensamientos bien distintos. La dama en cuestión es Dionora, la ex amante de Antonio, la cual, después de dar una crecida suma al criado de aquél, ha conseguido saber el paradero del que con tanto afán busca la justicia.

Dionora no siente ninguna gran pasión por Antonio, pero como por aquellos remotos tiempos el tipo y la hermosura se tenía muy en cuenta y Antonio reunía estas cualidades, es por lo que Dionora se sentía desechada en lo más profundo de su ser por no haber sabido guardar

con sus encantos y sortilegios el calor de aquel amor que hubiera deseado de Antonio, y éste, sin embargo, siempre había rehuido estar al lado de aquella mujer, como si temiera su contacto. La comparaba con la doncella de sus sueños, y de estas comparaciones Dionora siempre salía muy mal, porque Ginevra era todo poesía, ensueño, y en Dionora se juntaba la pasión avasalladora que no conoce límites con el desdén más profundo.

Esto lo supo a su tiempo Antonio y todavía el conocimiento de que sólo en él se adoraba su figura y elegancia fue acicate para que terminara para siempre con su amante, si bien ésta no estaba dispuesta a que una vulgar muchacha que siempre estaba recluida en su castillo,

le quitara lo que tanto ansiaba poseer.

Y así fué que sin que Ginevra hiciera nada por atraer a Antonio, ambos se habían sentido compenetrados de tal forma que muy pronto comprendieron que sus vidas tenían que llevar idénticos senderos sin que nada humano pudiera separarles.

Mucho le había costado a Dionora sobornar a criados y amigos de Antonio para indagar el paradero de su ex amante, y, desde luego, ella no creía ni por un instante que Ginevra hubiera desaparecido de su sepultura por propio pie. Allí había algo raro y el misterio quedó descifrado para ella en cuanto supo que Antonio había desaparecido también de la ciudad.

La cosa estaba muy clara: se simuló una muerte, tomando quizás un poderoso narcótico, y a la noche Antonio la sacaba de la tumba para llevársela y vivir ambos lejos de las miradas indiscretas de los demás y sobre todo esperar a que Adolanti, en la creencia de que se hallaba muerto, casara otra vez y entonces presentarse sin temor a que nadie reclamara nada.

Mientras galopaba hacia Pratolino, en su cabeza bullían mil ideas, sin saber cuál pondría en práctica una vez estuviera delante de él. El

despecho le aconsejaba delatarlo como un vulgar profanador de tumbas, y luego su astucia le dictaba fuera amorosa y se mostrara piadosa para con él.

Tan ensimismada va en sus reflexiones, que no para mientes en el bello paisaje que a sus lados se ve. Únicamente la idea de hallar a Antonio es lo que la obsesiona y, casi sin miramiento alguno, espolea a su caballo, que lanza relinchos de dolor mientras galopa desenfrenadamente.

Ya empieza a distinguir en la aurora de la mañana un pequeño montecillo desde donde se destaca recortada y semicondida por un sin fin de árboles la villa donde hallase Antonio. Su corazón late apresuradamente y mira con emoción al criado que a su lado va enseñándole el camino.

Paran las cabalgaduras y descienden. El criado señala una casita que se divisa entre unos macizos de frondosos árboles y dice:

—Está allí, Madonna.

Dionora saca un bolso y se lo da al criado, diciéndole:

—Toma...

—Gracias, Madonna... ¡Si Messer Rondinelli supiese que os he conducido aquí... ¡Me había recomendado tanto el secreto!...

—No diré nada... Vete... — le tranquiliza Dionora.

Aléjase el criado y Dionora vuelve a subir en su montura, cubriendo en breves instantes el espacio que la separa de Antonio.

No ha pasado inadvertido para ellos el ruido producido por los cascos del caballo, y antes de que Dionora pudiera penetrar Antonio escucha a Ginevra. Casi instantáneamente aparece Dionora, dejando a Antonio estupefacto.

—¡Tú! ¿A qué has venido aquí? —inquire.

—¡Sálvate, Antonio, sálvate! — exclama patéticamente Dionora.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ha sucedido? — se atreve a preguntar Antonio, haciéndose el desentendido.

—Te busca la justicia.

—¿La justicia? Pero, ¿qué dices? ¿Qué tengo yo que ver con la justicia?

—¡Porque te acusan de haber robado los restos de Ginevra degli Almieri!...

Antonio ríe, pero su risa no es leal; teme que aquella mujer pueda enterarse del secreto que con tanto celo quiere ocultar, y para alejar cualquier sospecha, exclama:

—¡Oh!... ¡Es una acusación ridícula!

—No es ridícula... Han puesto precio a tu cabeza...

—¿A mi cabeza? No, no es posible... ¡Todo esto es estúpido!

A Dionora no se le puede engañar con tanta facilidad, y al ver a Antonio con un semblante bastante optimista, le dice irónicamente:

—Es curioso verte tan alegre después de la muerte de Ginevra... creía encontrarte al borde de la desesperación...

—Ya, ya—responde Antonio— Quizás el aire, la luz, las flores...

—Y alguien que te consuela— termina Dionora.

—¿Pero qué dices? ¿Estás loca?

—Loca, sí...—arguye ella desesperada— Porque he venido aquí para salvarte.

—Sí... lo sé, lo sé...

—Entonces, huyamos. Ya te lo he dicho, no hay tiempo que perder... Yo te seguiré dónde sea, no te dejaré nunca—le ofrece Dionora con bellas promesas en sus ojos.

Mas Antonio troncha sus esperanzas diciéndole:

—No, no. Dionora... debo quedarme aquí.

La mujer es pronta a un cambio radical de sentimientos, y así no es nada extraño que de un fuerte amor pase al odio más reconcentrado. Eso ocurre a Dionora ante la negativa, y aquella dulzura que desprendía de sus ojos momentos antes, se convierte en una mirada que

es amenaza y prevención al mismo tiempo.

—¡Tú no estás solo! — afirma convencida.

—Pero, mujer...

—No, no estás solo... estoy segura. ¿Quién está contigo? — pregunta Dionora.

—¡Oh, nadie! — niega Antonio.

—Ten cuidado — le advierte ella. Yo he cedido ante Ginevra... pero a otra no... a otra no... ¡no, Antonio!

Ginevra ha oído toda la conversación, y aunque ve que su amado no cede, siente celos. Sin poderse reprimir abre la puerta y exclama:

—¡Hola!

—¡Ginevra! — exclama Dionora.

—Sí, sí, soy Ginevra y no ninguna otra. ¿Teméis también vos que sea un fantasma?... Convéncele tú, Antonio, de que no soy un fantasma...

—¿Qué has hecho? — le reprocha Antonio por haberse descubierto, pero Ginevra se halla completamente ciega de sí misma y exclama:

—¡Defenderse! Madonna es tan bella que no es fácil resistir a sus gracias. Lo saben todos los florentinos.

—¿Qué? — inquiere agresiva Dionora.

—Quise decir que toda Florencia rinde homenaje a vuestra belleza.

Así que, frente a vos, una pobre criatura como yo debe defenderse.

—Ahora lo comprendo... ¡Muy bien! — exclama Dionora. — Es una bonita burla la vuestra. Se finge morir, un gran funeral, flores, lágrimas y al final se refugia en los brazos del amante, ¿eh?

—¡Dios mío! ¿Qué decís?

—Pero, ¿qué supones? — pregunta también Antonio al darse cuenta de que aquella mujer es incapaz de comprender el alcance de un amor puro y noble.

Algo viene en ayuda de los enamorados y ese algo es Burchiello, con los más buenos amigos de Antonio.

No se sorprenden mucho al ver a Ginevra y oír las explicaciones. La cosa es muy clara. Ginevra al caer desmayada el día de su boda, quedó en estado cataléptico; pasado el cual volvió normalmente a la vida; eso era todo, muy sencillo para decirlo, pero difícil de explicarlo a las autoridades de Florencia. Tal vez podría arreglarse todo si no fuera por Dionora, pues es capaz de delatar lo que ha visto, haciendo por maneras de que Antonio saliera condenado, mas Burchiello se ocupa de que no ocurra así, obligando a Dionora a quedarse en la villa mientras Antonio va a poner en claro lo que

tan obscuro aparece a los ojos de los florentinos.

Por toda Florencia no se habla de otra cosa. Antonio Rondinelli se ha presentado al juez para demostrar que no es culpable.

Los mayores talentos de la población han sido llamados por el juez para aclarar semejante juicio que, por cierto, jamás en la vida de los florentinos se había visto. Un nervosismo impresionable cunde rápidamente por todos los lugares y por todos los cuerpos: la noticia de que Antonio Rondinelli va a probar que él no ha robado el cuerpo de Ginevra ha bastado para que por todos lugares se formen corrillos que comentan en alta voz y gesticulando como enérgicos el juicio que va a tener lugar.

Las pocas simpatías que entre la gente pudiente gozaba Antonio van incrementándose, máxime al saber quién es y cómo ha jugado hasta entonces Adolanti, que de antemano ve la partida perdida, pues con muy buen tino conceptúa a Antonio inocente de toda culpabilidad, pues de lo contrario no se presentaría.

Largo rato hace que con Foglia y Scheggia está dando vueltas al asunto, a fin de que obligue a Antonio a restituir las joyas, pues él jura y perjura que el móvil del robo

del cadáver no ha sido otro más que el apoderarse de las joyas. De esta forma recupera lo que en un momento de terror perdió o tiró, lo cual no es lo mismo.

Por las calles de Florencia caminan engalanados como si de una gran fiesta se tratara todos los habitantes, esperando con ansiedad que dé comienzo el juicio que dará mucho que hablar a los tranquilos y pacíficos ciudadanos.

El lugar donde el público va congregándose es muy espacioso, pero no tanto que pueda albergar en su seno a las miles de almas que pretenden entrar.

Burchiello, sin embargo, ha logrado un buen puesto y ha sido uno de los primeros en pisar la inmensa nave, e indiferente también espera que llegue el momento de actuar, pues no le cabe duda de que en aquellas mentes atormentadas por cien ideas diferentes, les va a ser algo difícil dar con una cosa que a cualquiera le parecería muy natural.

La aparición de Antonio provoca un griterío inmenso, seguido de un silencio en el que claramente puede distinguirse el desasosiego de los curiosos que de golpe desearían saber la verdad de lo sucedido.

Sin embargo, Antonio mira a todos lados muy sereno, dueño de sí

mismo, no se afusta ante la grave cara del juez y de la mirada acusadora de Adolanti, al que ya conoce, así como tampoco hace mucho caso a las amenazas de messer Bernardo, que, vestido con larga toca negra, hallase al lado de su yerno derramando de vez en cuando abundantes lágrimas.

También Scheggia le lanza furibundas miradas, quizás con el ánimo de confundirle y hacer que preste una mala declaración, con lo que perdería la cabeza; pero Antonio nada dice ni a nadie mira con reto. Unicamente a su amigo Burchielo, que le sonríe y guiña pícarosamente un ojo, devuelve él también el saludo y con un ligero gesto de la mano parece querer decirle que todo lo tiene preparado.

De pronto el silencio se hace más profundo todavía. El juez con voz opaca, que más parece venir de ultratumba que de un ser humano, lee un largo pergamino en donde aparece relatado un poco terroríficamente el hecho del rapto del cadáver de Ginevra; las más absurdas acusaciones conjuntamente con las suposiciones más descabelladas oye Antonio, que empieza ya a perder la paciencia ante semejantes imbecilidades.

Tanto es así, que distrae su mirada por todos los presentes y ve a

Scheggia que retuerce su barbilla de perillán y sonríe haciendo expresivos gestos a Adolanti.

Cuando el juez ha terminado su larga perorata, entonces le toca el turno al abate, que ruega para que Dios haga lo posible para que los seres humanos no yerren en la sentencia que se va a dictar y de paso conmina a Antonio para que declare la verdad.

El silencio se rompe de pronto para dar paso a otro enorme griterío; empieza la división de partidos y se promueven fuertes algaradas en las que los palcos toman parte activa. Ni el abate ni el juez pueden hacer nada para detener aquel aluvión de gritos y denuestos que por doquier se oyen, hasta que la calma vuelve a restablecerse y ahora con seguridad va a durar largo rato, porque Antonio se va a disponer a hablar.

Así, pues, con voz segura va aduciendo todos aquellos datos que cree pertinentes, siempre claro está guardando de decir que Ginevra está muy cerca de él, le divierte aquel espectáculo y todavía le divierte más el aspecto de Scheggia y Adolanti, que todo lo dan como ganado.

La gran sala donde se ha reunido casi toda la población presenta un aspecto imponente. Cada cual, según el grado de simpatía que siente

por Antonio, da su parecer de inocencia o culpabilidad.

Antonio hace ya rato que lucha por hacer comprender que él no ha robado a Ginevra.

—¡Probadlo!—grita el juez.

—Silencio, silencio—recomienda un abate que siempre se halla presente para evitar que el juicio de los hombres pueda a veces disgustar a 'Dios— Probadlo, pues, en vuestro interés—indica a Antonio.

—Estoy curioso por oír lo que dirá—dice Scheggia a Adolanti.

—Lo probaré—responde Antonio— Todo está contra mí, todo me acusa: sí, es verdad... fui aquella noche a rezar en la tumba de Ginevra...

—¡Esos rezos son ya una profanación!—exclama Messer Bernardo indignado.

—¿Qué decis?—reprocha el abate— Una plegaria no puede ser nunca una profanación...

—Perdonadme, abate reverendo, perdonadme — se excusa Messer Bernardo— pero cuando pienso que este hombre ha podido introducirse en mi casa, para fascinar a mi hija con un engaño...

—Silencio—ataja al juez—. ¿Decís vos antes?—pregunta a Antonio.

—Que soy inocente... y aportaré

un testigo que probará mi inocencia.

—¿Y quién es ese testigo?—claman varias voces.

Como si aquellas palabras fueran un conjuro se presenta en la sala Ginevra. Se arma un griterío infernal. Todos tocan a la doncella para convencerse de que no es una sombra.

—¡Silencio, silencio!—recomienda el abate— Tomad a vuestros puestos, señores, y vos también, Messer Almieri.

Cuando el tumulto ha sido algo dominado, coge por la mano a Ginevra y le pregunta:

—¿Luego vos sois Ginevra degli Almieri?

—Yo soy aquella que fué Ginevra degli Almieri. ¿Y vos quién sois?

—Yo soy aún el abad de la Abadía, Madonna, y por orden de Monseñor el obispo de Florencia juzgo que en cierto modo me compete... ya que vos sois, si no me equivoco, el cuerpo del delito.

—¿Cuerpo?... ¿Delito? — pregunta Ginevra sorprendida— ¿A qué delito os referís?

—Pues... al de Messer Antonio Rondinelli, el cual dice es un buen embrollo... El os llama como testigo...—explica el abate.

—En efecto—afirma Ginevra.

—¿En efecto?—se preguntan los del jurado asombrados.

—En efecto—ratifica Ginevra—¿no os parece que mi presencia aquí, ante vos, es la más cierta prueba de su inocencia?

—¡Claro está! ¡seguro! —brama Burchiello.

—¡Es inocente! ¡Es inocente! ¡Libertad al Rondinelli!—grita la sala entera.

—¡En conclusión... no está claro?—grita también el juez.

—¡No está claro del todo!—afirma otro.

—¿Es un fantasma...?

—¿O un cuerpo real?

—Si es un fantasma, ¿dónde ha ido a parar el cadáver?

—¡Un espectro no destruye el cadáver!

Se suceden las preguntas y las exclamaciones sin poder aclarar una cosa tan sencilla.

—Conteste el Rondinelli. ¿Dónde ha ido a parar el cadáver de la esposa del Adolanti?

—¡He!o aquí! —exclama Burchiello señalando a Ginevra.

—Si es, en fin, un cuerpo humano como parece, entonces, ¡está vivo!...

—Pero vivo no puede estar, puesto que fué comprobada la defunción.

—Eso es irrefutable, está muerto—afirma otro.

—¡Y tanto que está muerto! exclama el doctor Bernabò—. La he asistido yo.

—Para mi todo esto huele terriblemente a magia y nigromancia.

—Estáis blasfemando. ¡Es un milagro!—grita Messer Bernardo.

—Sólo esta graciosa criatura—dice el abate—, que si no es realmente celestial tampoco puede llamarse diabólica... podrá aclarar nuestras dudas.

—Estoy pronta, Messer—se ofrece Ginevra.

—Bien. Veamos qué pasó aquella famosa noche en que vuestro cuerpo desapareció de la tumba... todos estamos ansiosos de saberlo.

—Sucedió que soñaba: sí, soñaba estar desposada con un hombre gordo, terrible, feo, que me llevaba a la tumba. Me embargaba el miedo y le hablé así: «¿Pero, cómo? Debo quedarme aquí siempre?» Y él contestó: «Sí. ¿No ves las esposas que he tenido antes que tú?» Y me señalaba en torno los esqueletos... Al cabo de un rato quedé sola con ellos...

—¡Pobre hija mía! —suspiró Messer Bernardo.

—Yo lloraba —continuó Ginevra—y todas aquellas muertas me

consolaban y me decían: «Alegrate. Ya verás, reirás tú también en cuanto venga la siguiente.»

—¡Es en balde que me esperes! —le grita la actual esposa de Adolanti—. Si sólo por mí has de reírte, llanto para rato.

—Estaba desesperada—continúa Ginevra sin hacer caso de la interrupción—. Después vi que la piedra se movía... era alguien que la levantaba...

—¿Quién era? ¿Quién era?—pregunta el juez.

—El Rondinelli, naturalmente —afirma uno.

—No, eran dos, tal vez dos ángeles...—indica Ginevra.

—¡Nos ahorcan... nos ahorcan! —dice bajo Manicucci a Paolino.

—En seguida corri afuera... ¿qué mal ha hecho el Rondinelli? Me ha recogido cuando todos me huían. Vagué tanto bajo la lluvia que cuando llegué a su lado era una sopa... Messer, no hubo en ello sacrilegio ni pecado. No, no hubo pecado. ¡Tan sólo que he conocido el paraíso en la tierra! Eso es todo.

LA COMEDIA HA FINIDO

ANTE las explicaciones de Ginevra todos quedan absortos. Incapaces de discurrir lo que tan claro está.

Algo difícil es describir las caras de espanto que han puesto Scheggia y Adolanti; los dos no aciertan todavía a explicarse lo que ha ocurrido y ven cómo por ensalmo se borran todas las esperanzas que habían puesto en el logro de otra pequeña fortuna.

Mester Bernardo, padre al fin, no puede evitar unas lágrimas de emoción, pues lo interesante para él en aquellos momentos no es ya la posesión de la capitania de Norcia y de que haya perdido las joyas, sino que de nuevo tiene a su hija, que ya creía muerta y que por un milagro que tampoco él acertaba a ex-

plicarse, le ha sido devuelta. ¿Quién hizo el milagro? Rondinelli. Si así es, bendice mil y mil veces a Antonio, aunque haga ver que está descontento, y luego, mientras sigue haciendo sus cálculos, ve que el joven es mucho más apuesto que Adolanti y que hace muy buena pareja con su hija.

También Burchiello va observando las caras de estupor que se pintan por todos lados. El silencio es absoluto, completo, ni el juez ni el abate pueden juzgar semejante juicio, puesto que la víctima dice que no hubo delito y, sin embargo, para sus mentes un tanto ofuscadas el cadáver de Ginevra ha desaparecido, el doctor Bernabé afirma que se hallaba muerta y, en fin, todos se arman un lío que parece imposible de desenredar.

Ginevra, en vista de que nadie dice nada, se coge del brazo de Antonio y le dice:

—¡Vamos, Antonio, vamos!

—¡Detenedlos!—vocifera Scheggia—¿Irse? ¿Irse adónde?

—Donde nos plazca—responde Ginevra— Como difunta, no tengo deber alguno. ¿No se ha vuelto a casar mi marido? Pues también yo puedo casarme con Antonio Rondinelli.

—¡Cómo, cómo! Va muy de prisa la difunta!—exclama el abate.

—Mas quien se casa es que está vivo. Y si vos estáis viva, yo sostengo—dice Scheggia—que debéis volver con vuestro esposo legítimo restituyéndole la dote, que vuestro padre, ilegalmente, ha reclamado... y las joyas que os fueron tomadas.

—¡Bravo, Scheggia!—aplaude Adolanti.

—¿Pero y yo?... ¿Y nuestro matrimonio?—protesta la cuarta esposa de aquél.

—¡Será declarado nulo! ¿No es verdad, Scheggia?

—¡Nulo! ¡Nulo! ¡Nulo!—afirma el notario.

Madonna Laudomia da un grito y cae al suelo. Burchiello aprovecha la ocasión para decir:

—¡Ved! Ha caído también la cuarta! ¡Mujeres, preparar la quinta!...

—¡Pero en tal caso... se debería anular también el acta de defunción de Madonna Ginevra!—indica Foglia, el notario de Messer Bernardo.

—¡Ah! ¡Eso no!... ¡Eso sí que no!—se opone el doctor Bernabó.

—No es fácil anular lo que se ha escrito—dice también el juez.

—Entonces Ginevra ha de volver a la tumba.

—¿Qué decís vos, Messer Abate?—pregunta Adolanti.

—Yo pido al señor que me ilumine, ya que fallida la razón humana, no resta más que el juicio de Dios—dice el abate elevando sus ojos al cielo y muy pronto tiene la situación resuelta. Llama a Antonio, Ginevra y Adolanti, y les dice:

—He aquí la mujer por vosotros disputada. Ella ha nacido de la muerte, sin nombre, sin familia, sin parientes... con la sola dote de su existencia nueva... con el único ajuar de ropa que viste. La tendrá de vosotros dos, aquél que la acepte de mis manos tal como está.

—¿Sin la dote? ¿Sin joya alguna?—pregunta Adolanti.

—¡Yo la recibo tal como está de vuestras manos—acepta Antonio.

—¡Es vuestra!—indica el abate.

—Pero, ¿cómo, Messer Abate?—se atreve a protestar Adolanti.

—Messer, el juicio ya está resuelto. Había decidido que la más leve vacilación equivaldría a la renuncia. Absuelvo a Antonio Rondinelli de toda acusación y a vos Ginevra degli Almiéri de toda obligación con quien quiera. Hoy tengo ante mí a una criatura nueva a la que debo bautizar. ¿Cómo queréis llamaros, hija?

—Por vos, Messer, me llamaré Piedad—indica Ginevra.

Messer Bernardo da gracias a Dios de que se haya resuelto el juicio tan a satisfacción de todos, pero aun tiene que oír la voz gangosa de Scheggia que para mortificarla le dice:

—¡Despedíos de la capitanía de Norcia!

—¿Qué me importa la capitanía de Norcia si tengo a mi hija!

—¡Bah, bah! — exclama Scheg-

gia— ¡Nunca seréis personaje importante!

Alguien se cuida de coger al insolente notario y con fuerte mano lo arroja sobre la muchedumbre allí congregada; casi se puede asegurar que ha sido Burchiello.

Luego Messer Bernardo, venciendo sus restos de orgullo, va hacia su hija y con lágrimas humedece su mano mientras que estrecha las de Antonio, que le observa emocionado. Las palabras sobran y mientras unos juzgan bien y otros juzgan mal, Burchiello salta de su asiento y saliendo a la calle donde una multitud espera el final de aquella comedia que tan mal hubiera podido salir para Antonio, grita entusiasmado:

—¡Escuchad! ¡Escuchad!... El amor y la justicia al fin ha triunfado. ¡Ginevra degli Almiéri ha renacido a nueva vida!

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

SIEMPRE EN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ratón loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pirata	Charles Collins
Alma se casa	Lil Dagover
Las dos niñas de París	C. Berghon
Maria Estruado	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pillitos	Joséphine Taveri
Aguesta de amor	Gene Raymond
La vuelta de Aménio	Warren William
Lupin	Mickey Rooney
Fuerza de hombres	Gino Cervi
Médor Flourenscu	Lil Dagover
¿En mi hijo?	Edmund Lowe
Bajo el manto de la noche	Lily Pons
El mundo a sus pies	A. Nazzari
Sepultada en vida	C. Benner
Una pareja invisible	C. Czini
La mujer sin alma	John Boles
El domini verde	Danielle Darriux
Damas del teatro	Kath. Hepburn
El detective y su com- nara	Eddy Fitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Los defensores del cri- men	Richard Dix
Una aventura de la Pompadour	Kate de Naji
La última avanzada	Cary Grant
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía roja	Willi Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Las vacaciones del jura- Harvey	Mickey Rooney
Capido sin memoria	Ann Sothern
Maria Roma	Paula Wessely
Prueba Jamaica	Charles Laughton
El caso Varr	Clive Brook
Pygmalion	Leslie Howard

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la luna y al limón	Miguel Ligero
La Parrota	Maruja Tomás
La Perceira	Juan Mondart

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
Gloria del Manceyo (Los de Aragón)	M. de Diego
La Dolores	Rosita Díaz
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El esclavo mandamiento	Lina Yegros
La reina mora	Maria Arias
La millona	R. de Sentmenat
El concito madrileño	P. G. Velásquez
Maria de la O	Carmen Amaya
Melones de viento	Pedro Tardí
¡No quiero! ¡No quiero!	José Benítez
La canción de Aixa	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Carmen, la de Triana	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Suspiros de España	Miguel Ligero
Boleros	Emilia Aláez
Don Flangandín	Valeriano León
Melodía de arrabal	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardel
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda roja	Miguel Ligero
El crimen de mediano- che	Juan de Orduña
Martingala	Ramón Pereda
Rapto usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Sentmenat
Jai-Alai	Maruthé Fresno
¿Quién me compra un lio?	Inés de Val
La alegría de la huerta	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Flore Santacruz
El sobre lastrado	Maruja Gómez
El difunto es un vivo	Luisita Gargallo
	Antonio Vico

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina
Miguel Ligero

Estrellita Castro
Shirley Temple
Afredo Mayo

EDITORIAL «ALAS».

PEREZMUN A

Apartado 707.

BARCELONA

PUBLICACIONES DIVERSAS

NUESTRO TEATRO

1'50 ptas.

Los intereses cruzados	Jacinto Benavente
La tabernera del puerto	Federico Romero
Luisa Fernanda	y Fernández Shaw
Maria de la O.	León y Quiroga
Romance de Luis Montes	L. F. Ardavin
El difunto es un vivo	Prado e Iquino
Los claveles	Cameño y Sevilla
Mariona Clara	A. Quintero
La del manajo de ensas	R. de Castro-Carreño
La Malquerida	Jacinto Benavente
Sol y sombra	A. Quintero
Sor Mercedes	Fernández Cope

BIBLIOTECA VICTORIA

1 pta.

Las chicas de Barcelona 12.^a edición

CANCIONERO POPULAR

50 cts.

Imperio Argentina	Raquel Maier
(Canción de Aixa)	Niño de Utters
Agustín Irusta	Mirco
Niña de los Paines	Gardel
Carlos Gardel	Dorkas
Pitueilla	Enriqueta de Arco
El Sevillano	Copero de Triana
Imperio Argentina	Niño de Marchena
(Carmen la de Triana)	Narcy
Estrellita Castro	Goyita
Tino Rossi (Jazz)	Manolo Constantina
Pepe Ballesteros	Niño Casanova (Jazz)
Lola Cabella	Amalia Molina
Alady	Teresa Manzano
Manuel Gosalbo (Jazz)	Rafael Arcos

DANZAS MODERNAS

30 cts.

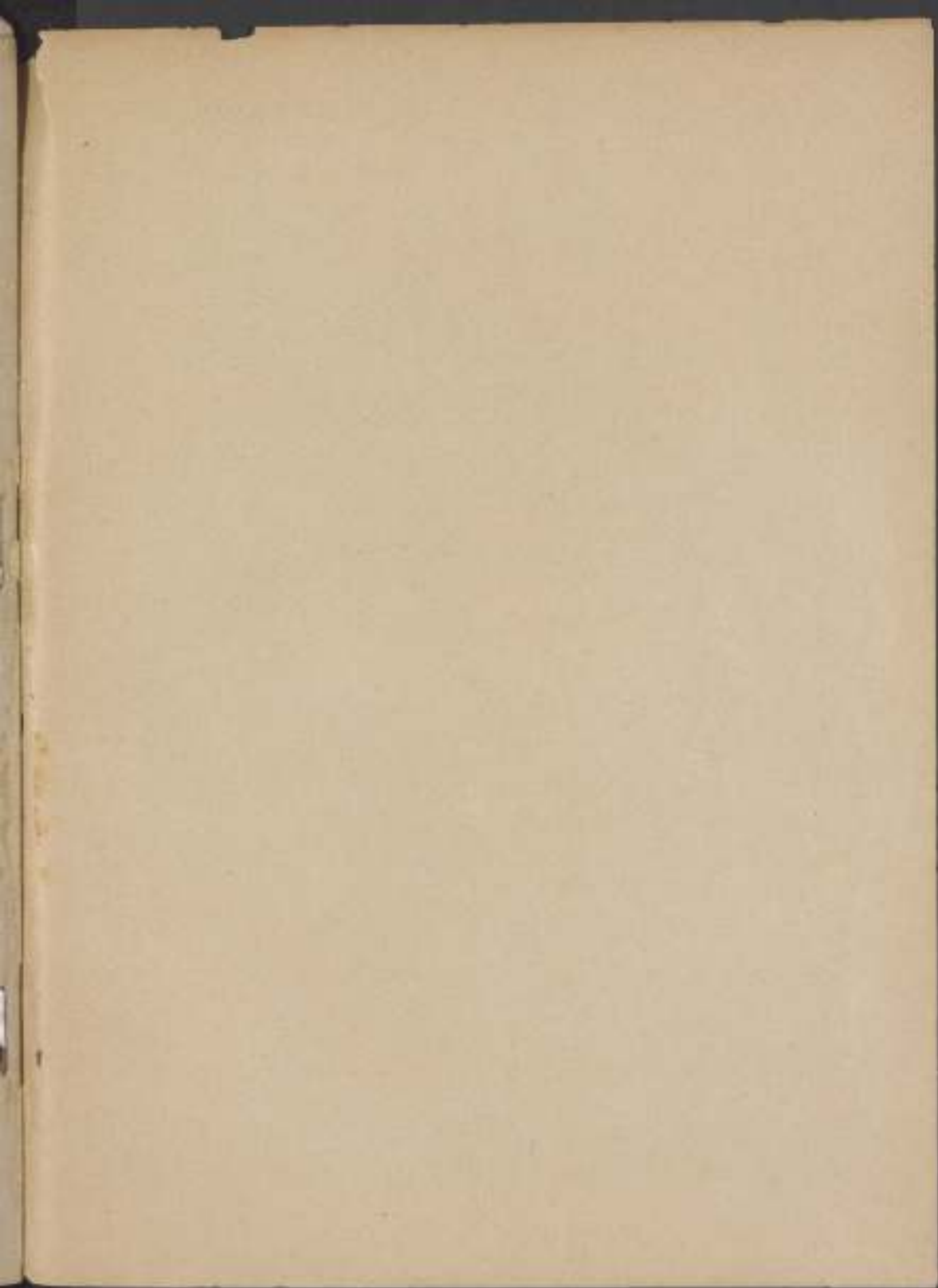
Carlota	Continental
El Piccolino	Show-fox y Fox-blues

Colección de 6 postales 0'50 ptas.

Shirley Temple Pepeya (El Marinero)

REDIMOS A

EDITORIAL "ALAS", Apartado 707-BARCELONA





2 Ptas.